

DESDE UN MUNDO REMOTO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

DESDE UN MUNDO REMOTO

KELLTOM McINTIRE

CAPÍTULO PRIMERO

Las cosas iban muy mal en Xoc.

Según los nativos, Guri, el maligno dios de las profundidades, estaba irritado contra el jefe Parab. ¿El motivo? Parab no había dispuesto, al llegar la primavera, el acostumbrado sacrificio de doscientos niños recién nacidos.

Sin embargó, Parab "El-Del-Brazo-Potente", había decidido:

—No habrá más sacrificios a ese maligno Guri. Debéis escucharme, hombres y mujeres de Xoc: si seguimos exterminando a nuestros propios hijos en ese loco sacrificio, llegará un día en que los xocens se extinguirán y ni un solo ser inteligente alentará sobre la superficie de nuestro planeta.

En su fuero interno. Parab debía admitir que temía a Guri, porque la maligna deidad era más poderosa que un simple mortal como él.

A pesar de lo cual, Parab había añadido:

—Guri es rencoroso y potente, lo sé, pero yo debo enfrentarme a él. Soy viejo ya y poco espero de la vida. Mi decisión es ésta, por tanto: no más sacrificios a Guri, o nuestra raza se extinguirá.

Parab era fuerte y musculoso. Y su noble corazón era capaz de tantas bondades, que la mayoría de los xocens le amaban y respetaban.

Parab, El-Del-Brazo-Potente amaba también a los suyos, a aquella pobre tribu de poco más de mil xocens entre hombres, mujeres y niños, que debían luchar constantemente contra las terribles convulsiones subterráneas, contra las gélidas temperaturas del invierno y contra los temibles animales carniceros que cada año se multiplicaban en las tundras y en los bosques.

—¡Oídme! —el poderoso y vibrante vozarrón de Parab se elevaba por encima del rugir del viento— Mis abuelos contaban que, en sus días, existían en Xoc diez veces diez mil habitantes... Pero mis padres me hablaron de diez mil xocens. Y yo... Yo sólo he conocido poco más de tres mil. Ahora... me resulta penoso reconocer que apenas rebasamos el millar. Hemos viajado hasta la región de Kury, hacia el este, y a Gallax, en el oeste. Hemos llegado hasta Shub, al norte, y también conseguimos traspasar la zona cenagosa y mortal de Achax... Nuestras expediciones han encontrado cementerios, muchos cementerios

xocens, pero jamás hemos tropezado con un solo ser humano vivo... Reflexionad: sólo quedamos nosotros, un puñado de habitantes en este inmenso planeta.

No obstante, los hombres y mujeres que le rodeaban se sentían agobiados por el terror ancestral.

Y así, docenas de protestas se elevaron en labios de los xocens.

—Pero no podemos desafiar a Guri. ¡Tú lo sabes, Parab!

—¡El temor encoge nuestros corazones!

—No seas loco, Parab. ¡Sigamos siendo fieles a Guri y la ira de su corazón se apaciguará!

—Grix tiene razón... ¡Preparemos el sacrificio!

—¡Preparémoslo! ¡Todo, antes que perecer!

—¡Así debe ser, Parab! ¡Todo, antes que morir!

Parab se encolerizó mucho, a pesar de que era de un natural bondadoso y conocía la virtud de la paciencia.

—¡Callad, callad, insensatos! —rugió, luego, iracundo—. Teméis morir en una de las tremendas convulsiones de nuestro planeta, lo sé... Y, sin embargo, os estáis destruyendo vosotros mismos, porque cada vez que entregáis doscientos niños a las fauces ensangrentadas del horrendo Guri, estranguláis vuestras propias posibilidades de seguir con vida. Si lleváis adelante el sacrificio, pronto nuestra tribu quedará reducida a quinientos individuos, tal vez a cien. Y, al cabo, nuestra raza se extinguirá y sólo las bestias de Xoc vivirán sobre estas llanuras.

Calló el jefe Parab, porque hablaba con tal ferviente intensidad, que se ahogaba.

Pero él mismo no podía alejar de su mente el temor a Guri, el dios de las profundidades.

Como tampoco olvidaba a Begeerind, deidad de los hielos, que cubría de desolación y de muerte los bosques y las praderas en invierno.

Temía también a Kronch, que fulminaba a los xocens con sus espantosas tormentas eléctricas...

Sin embargo, por encima de su temor ancestral estaba su amor a los xocens, su pueblo.

—Esta es mi última palabra: mientras yo siga siendo vuestro jefe, no volverán a realizarse sacrificios humanos —terminó Parab, con gran energía—. Es posible que muchos de nosotros sucumbamos en medio de los terribles seísmos que sufre nuestro planeta Xoc, pero nuestros hijos sobrevivirán y procrearán nuevos xocens y nuestra tribu se multiplicará por mil, como los granos de gi lanzados a la fecunda tierra... ¡Ese es mi mandato...! ¡No más sacrificios!

Los xocens acataron su decisión, tras su ardiente alocución.

Pero el jefe Parab sabía que Qoth y sus hijos conspiraban desde tiempo atrás contra él.

Qoth era relativamente joven. Conservaba aún el vigor en sus

músculos y su esposa, Jabah, podría parir todavía muchos hijos.
Además, estaban los cinco hijos varones de Qoth, todos jóvenes, decididos, ansiosos y fuertes.
Al clan de Qoth se le tenía por el más rico de la tribu. Qoth y sus hijos se atrevían contra los feroces bawps o lobos polares, de los que obtenían magníficas pieles, con las cuales comerciar o protegerse de los rigurosos fríos del invierno.
Por otra parte, Qoth era un individuo duro de corazón, pues había sacrificado once de sus hijos al cruel Guri. Pero aquella circunstancia no preocupaba demasiado a Qoth, puesto que Jabah, su esposa, poseía aún un vientre fértil e inagotable.
A finales del verano, la tribu xocen: había emprendido el viaje desde las inhóspitas y frías tierras de la región de Shub, al norte, con dirección a Achax, la zona de los pestilentes pantanos poblada por gigantescos reptiles carniceros, aunque más templada y de clima más soportable que Shub en la estación de los hielos.
El jefe Parab sentía una gran congoja en su corazón, puesto que a lo largo del penoso viaje habían ido quedando atrás los cadáveres de una docena de ancianos.
Los xocens transportaban su rústico ajuar sobre unos pesadísimos vehículos llamados hulams, que no eran otra cosa que elementales trineos.
Sobre el hielo, los hulams se deslizaban con mediana rapidez, pero sobre terreno seco y a través de bosques e intrincados matorrales, arrastrar un hulam ponía a prueba la poderosa y resistente musculatura de los varones de Xoc, aunque sus mujeres e hijos les ayudasen en las medidas de sus fuerzas.
El hombre más pobre de la tribu xocen era, precisamente, Parab, el patriarca.
Verdaderamente, Parab apenas disponía de su formidable hacha de cuarzo. Por tanto, tampoco precisaba ningún hulam para transportar riqueza alguna.
Y, en fin, el jefe xocen apenas consideraba riqueza a su hija Xaika.
Pero Xaika era joven, fuerte y bella.
Todas las virtudes de los xocens se habían reunido en aquella muchacha, gracias a Yill, el bondadoso dios-sol, que quemaba sus rostros en verano y les envolvía en sus tibios rayos dorados en primavera, otoño e invierno.
En verdad, la joven Xaika era el orgullo del jefe Parab. Y también su más grande pesar, puesto que el viejo jefe xocen siempre había esperado que su mujer le trajese en el último parto un varón.
La mala suerte se había abatido sobre el noble Parab. Porque Shuxa, su esposa, falleció al traer a la luz a Xaika. Y allí terminaron para siempre las esperanzas del sabio Parab, que se sabía ya incapaz de

engendrar nuevos hijos.
No habían ido bien las cosas para la tribu de, Xoc.
El viaje hacia las tierras de Achax, la de los pantanos traicioneros poblados por enormes reptiles, se tornaba más lento jornada a jornada.
Peor fue, sin embargo, cuando la expedición alcanzó la zona de Izon. Es decir, el ecuador del planeta Xoc.
Al atardecer del cuadragésimo octavo día, la superficie del planeta comenzó a trepidar aterradoramente.
La caravana se detuvo al pie de un talud de brillante cuarzo y desde allí, los xocens asistieron, aterrados, al tremendo cataclismo.
Súbitamente, los montes poblados de frondosos árboles, se desgarraron profundamente y la honda oquedad engulló media montaña.
Luego brotó el humo. Los materiales incandescentes se alzaron en impresionante chorro sobre la limpia y dorada atmósfera de Xoc.
Hombres y mujeres xocens cayeron en tierra y se abandonaron a su destino, que no podía ser otro que la muerte.
Ellos sabían que cuando Guri aullaba y sus manos aplastaban y comprimían los senos de la tierra, no podría ser hallado cobijo seguro, ni en las profundidades misteriosas, ni en la superficie, ni siquiera sobre las copas de los añosos árboles gigantescos.
Fue un espectáculo dantesco, sobrecogedor, que sólo el jefe Parab y su hija Xaika tuvieron valor para contemplar en pie.
Y así, inmóviles y rígidos, llenos de espanto, presenciaron aquel descomunal apocalipsis ígneo, aquella mastodóntica convulsión del planeta.
Al cabo, Parab dobló sus rodillas, se prosternó en tierra y comenzó a cantar con voz temblorosa su hawailti, su canción fervorosa de alabanza a Yill, el padre Sol, el único dios bondadoso de los xocens.
El vagido profundo y tenebroso de las entrañas del planeta fue extinguiéndose poco a poco.
Sobre la superficie estaba el desastre, el resultado del violento seísmo: altísimas montañas de lava humeantes, anchos ríos hirvientes, tufaradas de gases venenosos que el dios Kronch alejaba con su rudo resoplido y pavorosos precipicios como profundas heridas abiertas en la piel de aquel bellísimo planeta llamado Xoc.
Entonces, Parab dejó oír su prudente palabra:
—Esperaremos a que la tierra se enfríe. Y luego proseguiremos en dirección a Achax. Por esta vez, Guri, el maldito, no ha podido cobrar ni una sola de nuestras vidas.

CAPÍTULO II

Sullavan descansaba en la cabina de navegación, con la frente apoyada sobre el panel de instrumentos.

A su derecha, la pantalla de televisión mostraba el atractivo e insondable espectáculo del espacio exterior, poblado de puntitos brillantes, de planetas y astros que parecían parpadear con burlones guiños, destacándose sobre el fondo negro terciopelo.

Sullavan permanecía ajeno a todo ello. Sabía que aquél sería el último viaje espacial para él, que ya jamás volvería a surcar la inmensidad del espacio intersideral.

El doctor Warosky, de la base de Heedy, había sido claro en sus conclusiones:

—Se trata de una afección coronaria, coronel Sullavan. Hace cinco o diez años, su enfermedad hubiera podido curarse. Las emociones, la tensión a que ha estado sometido en sus continuos viajes, ha agravado su dolencia, convirtiéndola en crónica.

Sullavan, facciones tensas y ojos brillantes de fiebre, miró al médico con entereza.

—¿Quiere decir que..., que voy a morir, doctor?—preguntó, haciendo un tremendo esfuerzo para evitar que su voz temblase.

Warosky se libró de sus gafas y las guardó en un bolsillo de su bata aséptica.

—¿Morir? —exclamó—. Oh, no, no, coronel. Vivirá muchos años... Pero es preciso que abandone el servicio espacial y se retire a un lugar tranquilo, rodeado de comodidades y alejado de cualquier perturbación de tipo emotivo. En cualquier caso, no tiene nada que reprocharse, coronel. Usted ya ha cumplido de sobra. Ha pilotado docenas de veces las astronaves Neworld, ha completado miles y miles de horas de vuelo. En conclusión: su descanso es merecido.

De repente, el atlético coronel Sullavan se alzó de su asiento y se enfrentó vivamente al doctor Warosky.

—Pero usted no lo comprende, doctor —exclamó, ardientemente—. Mi vida, toda mi vida —recalcó con énfasis—, no es sino esto: volar, pilotar astronaves hacia la Base de Heddy o hacia cualquiera otra de las que se compone nuestro programa. Si no he de volver a viajar por el espacio, la vida carecerá de interés para mí. Es..., ¡es de importancia vital que pueda volver a pilotar las Neworld!

Warosky se tomó tiempo para responder al coronel Sullavan.

—Vamos, vamos, coronel; sea sensato. En la Tierra le aguardan cosas muy importantes. Tengo entendido que pensaba contraer matrimonio en su vuelo de regreso, ¿no es así? Su futura esposa es una joven muy bella y atractiva, según creo. A su lado le será fácil olvidar esta tremenda pasión por los viajes espaciales —habló, luego, con acento convincente.

—No habrá boda —dijo crudamente Sullavan—. Katie Moore se cansó

de esperarme. Hace diez días que contrajo matrimonio con uno de mis amigos. ¿Comprende bien ahora mi situación, doctor? Debe haber una solución para mí. Tal vez sea posible cambiar mi viejo corazón por uno más joven y resistente...

Warosky sonrió con tristeza.

—Nada más fácil, coronel. En la Tierra podrán realizarle un injerto de corazón con toda clase de garantías, pues la técnica en esta clase de operaciones quirúrgicas ha alcanzado va la perfección. Pero...

—¿Existe algún obstáculo? —inquirió Sullavan, dominado por la ansiedad.

—Lo hay, e insalvable, coronel. La agencia de pilotos espaciales no concede sus autorizaciones a aquellas personas a las que se les ha practicado un injerto de corazón. Así pues, sólo tiene una solución: enfrentarse con su problema. Tenemos aquí a un especialista que puede ayudarle mucho con sus consejos. Se trata del doctor Kilney, un prestigioso psicoanalista. ¿Quiere que llame a Kilney, que acuerde una primera entrevista entre los dos? —se ofreció Warosky, solícito.

En los ojos azules de Syd Sullavan brilló un destello tempestuoso.

—No. Creo que de nada serviría., Gracias por todo, doctor —habló aprisa. Y abandonó la clínica del doctor Warosky, en la Base Heedy.

Ansioso por buscar una solución, Sullavan se entrevistó poco después con el general Walf, comandante en jefe de la base.

Pero Walf fue inflexible.

—Lo siento, Sullavan. Tengo aquí el informe del doctor Warosky, según el cual, resulta peligroso que usted, coronel, siga pilotando nuestras astronaves. Compréndalo. Nos jugamos mucho en cada viaje. Y no se trata solamente de los valiosos cargamentos confiados a nuestros pilotos. Es algo mil veces más importante: la seguridad de los pasajeros y... también la de usted mismo, Sullavan.

Todo fue inútil. Sullavan suplicó, hizo valer su larga e impecable hoja de servicios... Pero ninguno de sus argumentos conmovió al general Walf.,

—Comprendo su estado de ánimo, coronel, pero faltaría a mi deber si pronunciase para usted una sola palabra de aliento. Está enfermo, Sullavan. Debe volver a la Tierra, someterse a tratamiento y... vivir. Sencillamente, vivir. Por lo demás, confieso con orgullo que un hombre como usted, se ha merecido de sobra el más cómodo y agradable descanso. Tendrá una excelente residencia, dinero y honores... Bien, coronel, le deseo toda suerte de felicidades en la Tierra.

Pero Sullavan ni siquiera estrechó la mano del general. Todos los diablos parecían haberse desatado dentro de su corazón para mortificarle.

De repente, el cielo se había desplomado sobre él, aplastándole. Katie

le había traicionado con su mejor amigo, Hugh Carter. Y su corazón, siempre fuerte y resistente, le fallaba ahora también.
Aquella noche se emborrachó a escondidas, en su departamento de la Base Heedy.
Y ya empapado por el alcohol, blasfemó y gritó, hasta que las lágrimas afloraron a sus ojos y el sueño y el cansancio le rindieron.
En su sueño —en su pesadilla, mejor—, Sullavan podía ver el rostro bellísimo de Katie.
Un óvalo perfecto, unos pómulos muy pronunciados, una nariz recta y sensitiva, unos labios finos... Y presidiendo el atractivo conjunto, unos ojos azules, dulces y cariñosos.
¡Dios santo! ¿Era posible tanta perfidia en el corazón de una mujer que poseía unas facciones tan dulces y entrañables? Sullavan la veía en brazos de Hugh Carter. Ella sonreía dulcemente y murmuraba, después que los labios de Hugh se posasen en los suyos:
—¿Sullavan? ¡Pobre estúpido! Le engañé, le engañé fácilmente, como a un niño. ¿Cómo pudo imaginar Sullavan que una mujer como yo iba a casarse con él?
Y Sullavan se retorcía en su lecho y el infierno rugía en sus entrañas.
A pesar de todo, en su subconsciente, sólo podía repetirse un nombre, una y mil veces.
—¡Katie, Katie, amor mío! ¿Cómo..., cómo pudiste hacerme esto?
Se despertó de madrugada, empapado en sudor.
Ansioso por arrojar lejos de sí la pesadilla, se levantó y buscó una botella. Bebió y bebió, sin paladear siquiera el licor, como si lo único que le interesase fuera embrutecerse.
Pero el licor no ahuyentaba sus recuerdos. Antes al contrario, los exacerbaba.
Recordaba claramente el sabor de los labios de Katie, el tacto de seda de sus rubios cabellos, el aroma de su cuerpo.
La había poseído, como la cosa más natural del mundo, Katie había sido suya por completo, pocos meses después de conocerse.
Y ahora, Sullavan, en la soledad de su departamento de la Base Heedy recordaba cada suspiro, cada estremecimiento de Katie, cada palabra de amor. Y con ello conseguía destrozarse a sí mismo más y más.
No podía creerlo, no concebía que una mujer como Katie, toda sinceridad y franqueza, hubiera podido olvidar los momentos apasionados compartidos por los dos.
Pero había que rendirse a la evidencia. La verdad era sólo una: Katie Moore se había cansado de aguardarle y se había casado con Hugh Carter, el mejor amigo, el único hombre en quien Syd Sullavan había confiado por completo.
Fue una noche horrible para Sullavan, que a cada minuto se sentía más y más dominado por el resentimiento.

Al día siguiente, tras la intensa resaca, y cuando se sintió medianamente lúcido, el coronel Sullavan se personó ante el general Walf y presentó su dimisión como piloto espacial.

—Hay algo más que quisiera pedirle, general. Quiero ser destinado como simple particular a la Base de Krix —añadió.

—¿Krix? Debe estar loco, para pedir algo semejante, coronel. ¿De veras conoce la verdad sobre Krix? —respondió Walf, asombrado.

Sullavan asintió.

Krix era un asteroide lejano, rico en yacimientos de metales preciosos y de alta tenacidad. Por desgracia, la superficie del asteroide estaba cubierta de lagunas pútridas en las que pululaban y se desarrollaban millones de peligrosísimas bacterias desconocidas, capaces de producir la muerte.

Normalmente, a Krix se desterraba a los criminales o a los militares que habían cometido delitos muy graves.

El general Walf le observaba con fijeza. Luego movió la cabeza con tristeza y dijo:

—Ahora comprendo que está verdaderamente desesperado, coronel. Sin embargo, no voy a cargar con la responsabilidad de acceder a su capricho. Usted necesita tratamiento médico. Y le voy a enviar a la Tierra en la primera astronave que parta hacia allá. Eso es todo, Sullavan.

El coronel abandonó el despacho de Walf, sin atreverse a insistir.

Claro que estaba desesperado, claro que deseaba morir. Enfermo y sin el consuelo que representaría el amor de Katie Moore, tanto le daba una suerte como otra.

A partir de aquel momento, Sullavan se dedicó a preguntarse a sí mismo si a él le cabía alguna responsabilidad en la traición de Katie.

Cierto que Katie le había pedido muchas veces que se casasen. Por entonces, ella parecía ansiosa por poder gozar de la compañía de Sullavan cada día, cada hora, y no unos escasos momentos, entre viaje y viaje.

Pero Sullavan había ido posponiendo la fecha de la boda. ¿Por qué? ¿Tal vez temor al matrimonio?

—No, no era eso. Era el veneno de los viajes interespaciales, que todavía llevo en mi corazón —tuvo que confesarse a sí mismo.

Y, sin embargo, si había una persona en el mundo capaz de hacerle olvidar la aventura del espacio, esa persona era precisamente Katie.

La última vez que viera a Katie, el coronel había dicho:

—Dentro de dos meses cumpliré treinta y cinco años. Entonces, dejaré de volar y pasaré a los servicios de tierra.

Katie le había dirigido una triste sonrisa.

—¿Por qué esperar, Syd? Me siento tan ansiosa de ti, tan sola y desesperada cuando tú estás lejos…

Ahora, todo estaba perdido. Katie había entregado su amor a otra persona. Y para herirle aún más, no había elegido a otro que Hugh Carter.

Amargamente, Sullavan se propuso olvidarlo todo. Borrar de su memoria a Katie, a Hugh, a todos…

Sólo le interesaba una cosa: conseguir una buena provisión de licor con el que combatir el tedio del viaje de regreso a la Tierra.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, la caravana prosiguió su penosa marcha hacia las tierras de Achax, en el sur.

Los xocens avanzaban temerosos. Porque Qoth y sus hijos habían esparcido el rumor de que Guri volvería a manifestarse de nuevo en toda su violencia.

Parab, sin embargo, no se enojó.

Comprendía que los ánimos de los hombres y mujeres de su tribu permanecían tensos, y que todos se sentían aún dominados por el temor.

Al sexto día del cataclismo divisaron en la distancia las lagunas y pantanos de Achax.

Poco después, un rumor sordo y profundo los sobrecogió a todos.

Bruscamente, una gran grieta dividió la tierra ante los xocens. Diez o doce hombres que caminaban a la vanguardia de la expedición, fueron engullidos con espantosa presteza por el abismo.

Los restantes retrocedieron despavoridos, mientras la corteza de Xoc se estremecía bajo sus pies calzados con duras pieles de lobo.

El rojo magma surgió en mortíferos surtidores por doquier y sembró el pánico entre los expedicionarios.

El mismo Parab estuvo a punto de morir aplastado bajo una enorme roca, fulminantemente vomitada por los senos del planeta.

Xee, el primogénito de Qoth, pudo haber salvado al patriarca por sus propios medios y sin exponer su vida. Porque Xee era corpulento y musculoso, resistente como un titán.

Pero Xee, cobarde, aplastó su rostro contra la roja tierra, bajo la protección de un promontorio firme y macizo, y cerró los ojos cuando el enorme peñasco rebotó sobre el borde del volcán y se abatió sobre el lugar que ocupaba el jefe Parab.

Por encima del fragor del cataclismo se elevó el alarido hiriente de Xaika, hija de Parab.

Xee debió enrojecer de vergüenza cuando abrió los ojos y comprobó que Xaika, con desprecio de su vida, se arrojaba valientemente sobré su padre y le empujaba con todas sus fuerzas hasta derribarle.

La mole rocosa, incandescente, se abatió un segundo después sobre el lugar que ocupaba Parab y se hundió profundamente en tierra, envuelta en una columna de humo rojizo.
A poca distancia de allí, yacían Parab y su hermosa hija, Xaika. Y el milagro se había producido: ambos estaban vivos e indemnes.
Luego, las entrañas del planeta se sosegaron y todo rumor cesó.
Los xocens se alzaron de la hirviente superficie y se reunieron, gozosos unos, que nada habían perdido; gritando su pena y su desolación aquellos que habían visto desaparecer a los suyos, engullidos por el cruel apetito del dios Guri.
Xee se incorporó y se aproximó a Parab y su hija.
Caminaba encorvado, como si toda la fuerza del pasado cataclismo pesara sobre su recia espalda.
Con los ojos bajos, murmuró torpes palabras de disculpa, hipócritas frases con las que trataba de justificar su cobardía.
Xaika se alzó del suelo y tendió una mano a su padre, hasta conseguir incorporarle.
Alzó la mirada y sus ojos tropezaron con la voluminosa figura de Xee, que continuaba murmurando sus disculpas.
Con intenso brillo en los hermosísimos ojos dorados, gritó con desprecio:
—¡Aléjate de mí, Xee! Si tiempo atrás llegué a considerarte un hombre digno e incluso sentí afecto por ti, hoy sólo puedo decirte que eres un cobarde, un hombre despreciable y aborrecible. ¡Vete! Jamás volveré a sentir amor por ti.
Con gran energía, Xaika se inclinó, tomó en sus delicadas manos un agudo fragmento de cuarzo y trazó sobre el polvo el círculo de la separación, según la tradición xocen.
Xee palideció de rabia y de despecho. A pesar de lo cual, se sintió incapaz de resistir la fulminante mirada de los ojos dorados de Xaika.
Poco a poco, los individuos que formaban la expedición, fueron reagrupándose y se dispusieron a reemprender la marcha hacia el sur, para lo cual les sería preciso rodear la zona siniestrada por el seísmo.
Qoth, padre de Xee, había escuchado las palabras que Xaika había dirigido a su hijo primogénito.
Ahora se sentía irremediablemente ofendido y humillado en su orgullo de casta, porque comprendía que Xaika, la joven más hermosa y deseada de la tribu xocen, jamás se plegaría a aceptar como esposo a Xee, el cíclope.
La ira se encendió en su corazón, pues nadie cómo Qoth para sentir en lo más íntimo el orgullo por haber engendrado a hombres como Xee. Y también Qoth, a escondidas, trazó sobre el ardiente suelo el terrible círculo que significaba separación, incomunicación y odio.
En silencio, los componentes de la caravana, emprendieron la marcha,

siempre hacia el sur.
Muchos de los xocens habían perdido sus escasas provisiones y comenzaron pronto a padecer en sus carnes el temible aguijón del hambre.
Qoth era astuto y supo aprovechar aquella circunstancia en su propio beneficio. Y de esta, forma, allí donde había un hambriento, el mismo Qoth o alguno de sus hijos llegaban y les ofrecían un poco de las provisiones que a ellos les sobraban.
—Ya podrás comprender, Teey, que nuestro jefe Parab ha llegado al límite de su vigor y su sensatez. Está claro que hoy sólo es un anciano caduco y temerario. ¿No es de locos seguir a un hombre que ha perdido la razón? Nos llevará a la muerte, a la perdición, traerá toda suerte de desgracia sobre nosotros y sobre nuestras esposas e hijos. Tú mismo habrás pensado que Parab desafía a Guri porque su muerte está próxima, pero nosotros aún somos vigorosos y podremos vivir largos años. ¿Es que no piensas como yo, Teey? —insinuaba arteramente Qoth, al tiempo que entregaba a su camarada una pequeña parte de sus viandas.
Teey, por ejemplo, sentía un gran respeto hacia el anciano jefe Parab. Pero su estómago estaba vacío y Qoth se lo llenaba generosamente.
—Tienes razón, Qoth. Creo que ha llegado la hora de que elijamos otro jefe —terminó pronunciando Teey.
Como Teey era el xocen que mejor conocía las inhóspitas y húmedas tierras de Achax, era obvio que Qoth se sentía muy satisfecho al comprobar que el explorador participaba de su opinión.
Al igual que a Teey, Qoth y su clan, fueron ganándose poco a poco a la mayoría de los xocens.
De esta forma, cuando tres días después la tierra tembló ligeramente, todos prorrumpieron en alaridos histéricos y fueron a buscar a Parab.
—¡Guri exige su presa! —gritó Qoth con voz estentórea, al tiempo que se golpeaba su ancho y velludo pecho—. Así pues, es necesario preparar el sacrificio, Parab.
El jefe miró fijamente a Qoth, quizá con la intención de adivinar sus designios.
Sin embargo, en el último momento, Qoth se había sentido incapaz de expresar su verdadera determinación al viejo patriarca. Quizá le hubieran impresionado la fulminante mirada de Parab, capaz de hacer enmudecer al más rebelde de los xocens; o tal vez se hubiera sentido intimidado por su prestigio o por el respeto que imponían sus rasgos fisonómicos, como tallados a cincel.
Al cabo, Parab retiró, sus ojos de Qoth y permitió durante unos instantes que su mirada vagase por encima de las cabezas de los miembros de su tribu, reunidos alrededor de él.
Lentamente, inclinó la cabeza y pronunció, con pesar:

—Tuyo es el mando, Qoth, puesto que has demostrado astucia y malicia suficiente para captar la voluntad de todos los xocens. En cuanto a ese horrendo sacrificio que exiges..., no tengo fuerzas ya para oponerme a vuestros sangrientos designios. Si tal es vuestra voluntad, hacedlo. ¡Ojalá que en el futuro no tengáis que arrepentiros!
Inmediatamente, Qoth y los suyos prorrumpieron en gritos de júbilo.
Luego se disgregaron y poco después, reunían a los pequeñuelos que aún no habían cumplido un año.
Cerca de allí, el propio Qoth afilaba, fuera de sí y con las facciones contraídas, su propia hacha de pedernal.
No parecía importarle que las madres de aquellos niños gimieran de forma espeluznante. No le importaba tampoco el tempestuoso destello de los ojos de sus padres...
Por encima de todo había que complacer a Guri, de forma que el resto de los xocens pudieran escapar a la muerte, libres ya del influjo maléfico del dios de las profundidades.
Parab se había retirado a un extremo del campamento, muy próximo ya a los traicioneros pantanos de Achax.
Su hija, Xaika, se unió a él poco después.
La muchacha temblaba convulsivamente. Parecía acometida por la más intensa de las congojas, a pesar de lo cual, Parab simuló no advertirlo.
Finalmente, Xaika rompió a llorar desconsoladamente.
—¿Qué te aflige, hija? —inquirió Parab, aunque conocía de sobra la inquietud que dominaba a Xaika.
—¡No debes permitírselo! —gimió ella, con extraño ardor—. Por una vez, tú conseguiste que ellos abandonasen ese atroz rito... ¡Debes hablarles, imponerles tu" voluntad! Padre... Yo misma no podría resistir el dolor de perder un hijo propio, ¿no lo comprendes? En tal caso, debo luchar con todas mis fuerzas para impedir que esas madres pierdan a los suyos.
El viejo patriarca acarició los largos cabellos de su hija. Ya se disponía a prodigarle sus palabras de aliento y consuelo, cuando de entre lo xocens que reunían a los niños en medio del campamento, se alzó un clamor estruendoso.
—¡Es como una maldición, Qoth! —gritó alguien—.
No podremos celebrar el sacrificio según nuestras costumbres,
Qoth se abrió paso entre la muchedumbre.
—¿Por qué? —gritó, muy excitado—. ¿Es que te has vuelto loco, Teey?
—Verás, Qoth —Teey aún no encontraba valor para llamarle jefe—. Hemos contado los niños hasta diez veces y... sólo hay ciento noventa y nueve. ¿Qué podemos hacer?. Sabes que el sacrificio a Guri debe constar de doscientas vidas. Así pues, decide tú, que eres nuestro

nuevo jefe.
Qoth apartó rudamente a los que le rodeaban. Se sentía desorientado. ¿Qué hacer en un caso así? La situación le pillaba desprevenido.
Bruscamente, se volvió y caminó entre los presentes hasta llegar junto a Parab y su hija.
Contempló con burla al patriarca y luego exclamó con voz potente, de forma que todos pudieran oírle:
—¿Qué harías tú en este caso, prudente Parab? Desde luego, no eres ya nuestro jefe, pero todos te consideran un sabio. Danos, por tanto, una solución. ¡Habla!
Parab reflexionó unos instantes.
Al cabo, alzó sus ojos y taladró con una mirada penetrante a Qoth y a los que le seguían.
—Al quitarme la autoridad sobre el pueblo xocen, me habéis tratado como a un niño, torpe e inconsciente —pronunció con voz grave y profunda—. Así pues, inmoladme a mí también. Conmigo, estará completo el sacrificio de los doscientos.
Los xocens se miraron entre sí, sorprendidos, al tiempo que un rumor sordo se elevaba de sus gargantas.
Pero Qoth lanzó una cruel carcajada y gritó:
—¡Es una buena solución, venerable Parab! ¿Qué podemos esperar de un viejo como tú, si no la obligación de arrastrarte y alimentarte cada día? Eso supondría una carga demasiado pesada para la tribu. ¡Sea, entonces! Tú también serás sacrificado a Guri, el poderoso dios de "las tinieblas. Y a fe mía, que Guri se sentirá satisfecho con esta presa.
Xaika dejó escapar un alarido y se abalanzó sobre su padre, tratando de impedir que los xocens le sacrificaran.
Qoth la rechazó de un embite brutal, que dio con la joven en tierra, a varios pasos de distancia.
Allí quedó Xaika, dolorida y magullada. A alguna distancia, Xee vaciló, dudando entre tomarla en sus brazos y ayudarla o seguir en pos de los que ya arrastraban a Parab hacia el centro del campamento.
Finalmente, su sentido de la obediencia filial, tan arraigado entre los hombres de Xoc, se impuso al amor que sentía por Xaika.
Xee dio media vuelta y se unió a los que preparaban el sacrificio a Guri.

CAPÍTULO IV

La poderosa astronave Neworld-009 aguardaba en la rampa de lanzamiento de la Base Heedy.
Syd Sullavan llegó junto a la nave a bordo de uno de aquellos versátiles y prácticos vehículos «Wortrop», que se deslizaban veloces

sobre un colchón de aire comprimido.
Del «Wortrop» descendieron también el comandante Polk, piloto de la Neworld-009, su copiloto, Racey, el operador de comunicaciones Findow y el ingeniero mecánico Bancroft.
No había pasaje en aquel vuelo desde la Base Heedy a la Tierra. Sólo el coronel Sullavan y unas ochocientas toneladas de cinabrio muy puro.
Mientras se dirigía hacia el ascensor instalado en el subfuselaje de la Neworld-009, Sullavan admiró a su pesar la soberbia silueta de, la poderosa astronave.
Un vehículo que pesaba mil doscientas toneladas en vacío, construido con un armazón de duraluminio y dotado de un resistente fuselaje de planchas de iridio y titanio.
—Dos millones de caballos de potencia de empuje, una carga máxima de mil quinientas toneladas, alojamiento cómodo y suficiente para setecientos pasajeros... —murmuró Sullavan, en pos de la tripulación.
¿Cuándo iba a olvidarse de todo aquello? Astronaves, cálculos, conocimientos técnicos exhaustivos acerca de aquellos vehículos..., todo sobraba ya para el coronel Sullavan, que jamás volvería a tener bajo su gobierno y control una de aquellas colosales astronaves Neworld.
Tomó el ascensor en compañía del comandante Polk y sus hombres. Y en cuanto estuvo arriba, ocupó su apartamento y se encerró.
Nada le importaba ya del despegue ni de la navegación. ¿Acaso no era el comandante Polk el hombre responsable de aquel viaje?
Nada le podía enseñar Polk acerca de la navegación. Para Sullavan, gobernar los complicados aparatos de a bordo era ya pura rutina: la tensión del despegue, la salida del campo gravitatorio de Heedy, el correcto trayecto, la deriva...
Polk despegaría, tomaría la derrota correcta y tras cuarenta días de navegación, descendería sobre la Base Haleck —punto intermedio del itinerario— para repostar uranio enriquecido suficiente para abastecer los cuatro gigantescos generadores de energía de a bordo.
Haleck...
Un pequeño cuerpo celeste, un planeta que venía a tener la mitad del volumen de la Tierra.
Allí se habían ubicado depósitos subterráneos de uranio, capaces de engendrar dos mil caballos de fuerza en los generadores de la Neworld-009.
Haleck era un lugar abyecto. Su atmósfera, enrarecida, era absolutamente irrespirable.
La corteza de Haleck, todavía en evolución, despedía ingentes masas de gases tóxicos, mil veces venenosos, que impedían la vida sobre su superficie a cualquier nivel.

En Haleck, el depósito subterráneo de uranio enriquecido, hábil para los reactores, se elevaba por un ingenioso artilugio electrónico que obedecía a una precisa señal de radio.
Elevado ya el depósito metálico, forrado con una gruesa capa interior de plomo, unos perfectos brazos articulados se desplegaban en el interior de la Neworld-009, abrían la compuerta del silo y tomaban una de las cápsulas, que era introducida automáticamente en el generador de a bordo.
Sullavan había controlado y dirigido aquella operación docenas y docenas de veces.
Luego, tras otros treinta días de viaje a través del espacio, la Neworld-009 descendería sobre la Tierra.
Sullavan consideraba todo aquello con hastío. Porque nadie le aguardaría ya con los brazos abiertos en la base especial de Houston, en la Tierra.
En cuanto estuvo en su departamento de a bordo, Sullavan descorchó la primera botella y se entregó a una sistemática tarea de borrar de su corazón y de su cerebro todo recuerdo de Katie.
Rompió fotografías y destrozó las videocassettes que guardaban en imágenes y sonido los más entrañables pasajes de su vida en compañía de la mujer que había amado con todas sus fuerzas.
Pero cuando hubo terminado de destrozar todos aquellos recuerdos, Sullavan sintió un pavoroso vacío interior.
Su único consuelo estaba en el alcohol. Y al veneno etílico se entregó durante la primera mitad de la travesía con todas sus fuerzas.
Sólo una vez cada veinticuatro horas abandonaba su departamento para tomar un bocado, en compañía del comandante Polk y los restantes miembros de la tripulación.
No hablaba entonces una sola palabra. No tenía ganas de hablar, porque nada tenía que decir. Por otra parte, los vapores del alcohol entorpecían su cerebro y sus labios.
Faltaban dos días para descender sobre Haleck y repostar. Y la provisión de licor del coronel Sullavan tocaba a su fin.
Con un rictus de estúpida sorpresa en sus facciones, Sullavan contempló las dos únicas botellas que le quedaban.
¿Qué sería, de él, de allí en adelante? Sin una gota de alcohol que llevarse al estómago, probablemente terminaría por enloquecer.
—¡Al diablo! —gruñó—. Me emborracharé por última vez. Después...
No sabía qué vendría después. Ni le importaba.
Bebió y bebió de forma bestial hasta agotar las dos botellas. Y luego se dejó caer, exhausto, sobre el lecho.
Durmió cincuenta horas de un tirón, envuelto en horribles pesadillas que le atormentaron.
Despertó al fin.

Fue a incorporarse y se notó incapaz de ello, tan débil se sentía.
Por otra parte, sus fauces estaban tan secas como la arena del desierto, le zumbaban las sienes y todo su ser se debatía en un intenso malestar.
—Un trago —murmuró torpemente—. Eso es todo lo que necesito; un buen trago y volveré a sentirme bien.
Al cabo de unos minutos, Sullavan reunió las fuerzas necesarias para abandonar el lecho. Su ansiedad de borracho, acababa de brindarle una feliz idea: registraría las cabinas de Polk y sus hombres. Con suerte, tal vez encontrase alguna botella de licor.
Tambaleándose, cruzó el departamento y abrió la escotilla.
Tosió violentamente hasta congestionarse. El aire respirable de a bordo olía de una forma extraña, muy desagradable.
De repente, Sullavan comprendió que la Neworld-009 estaba inmóvil.
Consultó su cronómetro y miró la fecha.
—Ya comprendo —se dijo—. Estamos en Haleck, repostando.
Fue a seguir andando por el ancho pasillo y se mareó. Olfateó el aire y advirtió que su mareo iba en aumento.
¿Qué ocurría a bordo de la Neworld-009?
Quiso seguir avanzando y sus rodillas se doblaron. Sentía un horroroso dolor de cabeza y, en lugar de irse recuperando, su estado físico iba tornándose desastroso.
La comprensión llegó a él brutalmente... ¡Gas, gas tóxico, los compartimentos de la nave estaban llenos de gas!
Volvió, arrastrándose, hasta su cabina. Sus ojos se velaban y un vahído amenazó con inmovilizarlo para siempre.
Sin embargo, con un esfuerzo sobrehumano, consiguió introducirse en su cabina y cerrar la puerta, que dejaba estanco el departamento.
Aspiró el aire puro con ansiedad y el vahído cedió. Entonces se puso en pie, avanzó con torpeza y buscó en un armario su mascarilla antigás.
El pequeño depósito de oxígeno a presión apenas duraría treinta minutos. Quizá en ese tiempo, Sullavan consiguiese indagar qué ocurría a bordo de la astronave.
Tardó más de cinco minutos en ajustarse la mascarilla..., una sencilla maniobra que, en circunstancias normales, no le hubiera llevado más que unos pocos segundos.
Al fin, salió al pasillo y se arrastró en dirección a la cabina de navegación.
En el último recodo, tropezó y cayó violentamente al suelo. Tuvo que ahogar las maldiciones que subían violentamente a sus labios.
Y cuando giró el cuello, palideció. El obstáculo que le había hecho perder el equilibrio era un cuerpo. Un cuerpo humano.
Sin alzarse del suelo, le dio la vuelta con dificultad y le reconoció: era Findow, el operador de comunicaciones.

Estaba muerto. Bastaba contemplar su rostro amoratado y sus músculos faciales tensos, para comprenderlo.
La sorpresa le paralizó durante unos segundos. No podía entenderlo, pero la verdad estaba ante él: Findow muerto, asfixiado.
Tornó a incorporarse y corrió locamente hacia la cabina de navegación, cuya escotilla permanecía entreabierta.
Un cuadro pavoroso se ofreció a sus ojos: el comandante Polk, con el rostro intensamente oscurecido, yacía como un muñeco inarticulado sobre su puesto de mando.
Más allá, el teniente copiloto Racey, se había deslizado de su asiento y yacía en absurda postura, con el rostro rozando el piso y un pie enganchado en el asiento.
Los dos estaban muertos, según comprobó Sullavan, aterrado.
¿Qué había sucedido para provocar la muerte de tres individuos de la tripulación?
Pensando en ello, Sullavan cayó en la cuenta de que faltaba Bancroft, el ingeniero mecánico.
Sentía una desagradable sensación de inseguridad cuando abandonó la cabina de navegación y se encaminó hacia la cámara de descompresión.
Unas delgadas volutas de gas amarillento flotaban en el pasillo que llevaba hacia allá.
Dentro de la cámara de descompresión, Sullavan encontró el cadáver de Davy Bancroft, el ingeniero mecánico.
Su escafandra de plástico transparente se había roto y el cuerpo de Bancroft impedía que se cerrara la escotilla que comunicaba con la sucia atmósfera de Haleck.
Los gases tóxicos penetraban libremente en la nave a través de la cámara de descompresión e inundaban pasillos y compartimentos: aquélla era la causa de la tragedia.
Lentamente, debido a su deficiente estado físico y mental, Sullavan fue capaz de llevar a cabo una recomposición de los hechos, a partir del hallazgo de la caja de herramientas especiales que encontró junto al cadáver del ingeniero Bancroft.
Al parecer, en el momento de desplegar los brazos articulados, el comandante Polk había tropezado con alguna dificultad.
Era muy posible que Polk hubiera ordenado al ingeniero Bancroft que saliera al exterior con el fin de reparar la posible avería.
Una sucesión de pequeñas causas encadenadas habían conducido a la tragedia: al salir, Bancroft había dejado entreabierta la escotilla de la cabina de navegación.
Y cuando el ingeniero terminó su reparación y volvía a la cámara de descompresión, alguna causa fortuita había roto su escafandra.
¿Resultado? Bancroft había respirado los gases nocivos de la atmósfera

de Haleck cuando trataba de penetrar en la cámara y al caer desvanecido, su cuerpo había impedido el cierre automático de la escotilla exterior.

—El gas penetró libremente a través del pasillo y llegó hasta la cabina de navegación —imaginó Sullavan—. Y Polk y su copiloto comenzaron a sentir los efectos del gas. Quizá Findow tuvo aún fuerzas suficientes para salir a investigar, pero la muerte le sorprendió en el pasillo que llevaba a la cámara de descompresión, antes de conseguir su objetivo.

Los hechos se habían encadenado para provocar una verdadera catástrofe.

Súbitamente, sin motivo aparente, el coronel Sullavan prorrumpió en una larga carcajada histérica.

¿Era posible que la casualidad pusiera en sus manos de nuevo el control y gobierno de una de aquellas fabulosas astronaves Neworld-009?

Su carcajada se interrumpió bruscamente. Porque Sullavan tenía consciencia de que apenas le quedaban diez minutos de oxígeno en su pequeño depósito.

Retiró con gran esfuerzo el cadáver del ingeniero Bancroft hasta arrastrarlo hacia el pasillo.

Oprimió la palanca de cierre automático y la escotilla exterior se cerró. El gas venenoso proveniente de la sucia atmósfera de Haleck, cesó de penetrar en la nave.

Incluso así, el peligro permanecía latente: los pasillos de tránsito de la astronave y la cabina de navegación seguían albergando miles de metros cúbicos de aquel mortífero gas amarillento.

A trompicones, Sullavan recorrió el pasillo y llegó a la cámara de navegación. Como mudos testigos, los cadáveres de Polk y Racey, encogidos en sus grotescas posturas.

Comprobó los instrumentos, comprobó que la tolva del generador permanecía abierta, a la expectativa de su recarga de uranio. Y accionó el sistema de aireación para renovar el aire que llenaba las dependencias de la astronave.

Sólo cuando los «testigos» de ambientación señalaron aire respirable, «Inocuo», se atrevió Sullavan a librarse de su mascarilla.

Entonces, rendido por la fatiga y la tensión se dejó caer sobre el asiento del operador de telecomunicaciones y cerró los ojos.

No vio la luz intermitente del testigo que anunciaba un intento de comunicación desde Tierra. Sullavan tenía bastante con relajar sus nervios y poner en orden sus ideas.

Al cabo de muchos minutos, abrió los ojos y dirigió una mirada en derredor.

—Ahora, todo esto me pertenece. Solo yo puedo gobernarlo —gritó, ebrio de satisfacción.

¿Quién iba a disputarle el mando? En cualquier caso, ninguno de aquellos cadáveres que le rodeaban se alzarían para discutir su derecho a controlar la marcha de la Neworld-009.
Como por arte de magia, Sullavan comprobó que los efectos de su borrachera, e incluso los del gas que había respirado durante unos minutos, habían desaparecido por completo.
Se alzó del asiento y advirtió con asombro que podía moverse fácilmente y que sus movimientos eran fáciles y certeros.
Se le había despertado una sed atroz, pero Sullavan, prendido su interés en la situación actual, se olvidó fácilmente de ello.
Sin gran ceremonia, apartó el cadáver del comandante Polk a un lado y ocupó su asiento.
Una rápida ojeada a aquellos aparatos con los que se encontraba íntimamente familiarizado, le convenció de cuál debía ser exactamente el orden de su actuación.
Accionó el mando de alimentación y conectó el circuito cerrado de televisión exterior.
A través de la pantalla, siguió el preciso movimiento de los brazos articulados, que se desplazaron desde el fuselaje de la astronave y tomaron con absoluta exactitud una de las cápsulas del interior del depósito de uranio.
La recarga estaba asegurada. Sullavan envió una señal cifrada de radio y el depósito de uranio cerró su escotilla y se sumergió profundamente en la ciénaga que suponía su alojamiento.
Aceleró el generador principal y la señal positiva no tardó en producirse.
¡Todo estaba dispuesto para el despegue desde la infecta Base de repostaje de Haleck!
—¡Vamos arriba! —exclamó, enardecido.
Y llevó la palanca del acelerador hasta su posición máxima.
La Neworld-009 vibró levemente y sus deslizadores patinaron sobre la ciénaga.
Unos segundos después ascendía y se elevaba vertiginosamente hasta perderse en el negro terciopelo del espacio.

CAPÍTULO V

Al borde de las lagunas de Achax, una dificultosa cuestión se planteaba ante la opinión de los xocens.
El viejo jefe Parab, ¿debía ser sacrificado en primer o en postrer lugar?
Caída en tierra, con los ojos cerrados, Xaika oía las discusiones de los hombres de su tribu.

Sobre las voces, como fondo, se oía el llanto desconsolado de los niños, arrancados de su sueño en las, tibias yah o sacos forrados de piel dentro de los cuales les transportaban sus madres.
Se aproximaba el anochecer y los xocens habían olvidado levantar el campamento e incluso la búsqueda de la leña suficiente para prender las hogueras que les preservarían del frío nocturno y de la amenaza latente de las fieras salvajes.
El cielo estaba teñido de un tono púrpura violado y ya algunos xitchs —enormes reptiles voladores— describían sus círculos agoreros sobre la tribu xocen.
Los nombres discrepaban en cuanto a la forma de realizar el sacrificio. Algunos mantenían la opinión de que el hecho de que Parab hubiera sido hasta el presente su jefe, le confería el privilegio de morir el último.
Pero Qoth veía los rostros brillantes de los hombres y escuchaba el llanto desconsolado de las madres de aquellos pequeñuelos, reunidos en rebaño sobre la pelada llanura calcárea, al borde de los pantanos.
Por un momento, Qoth temió qué los hombres de su tribu se ablandasen e incluso que llegasen a cancelar el sacrificio.
Fue por ello, por cuanto alzó su potente vozarrón y consiguió hacer callar todas las voces.
—¡Oídme, hombres de Xoc! El día está presto a terminar y los xitchs se ciernen ya amenazadores sobre nosotros. Hemos de buscar leña suficiente para nuestras hogueras. De modo que ¡terminemos pronto! Ahora yo soy vuestro único jefe. Y ésta es mi determinación: Parab será el primero en saciar con su sangre la sed de nuestro dios, el poderoso Guri. Yo mismo realizaré el sacrificio.
Un alarido infrahumano, capaz de helar la sangre en las venas de aquellos curtidos xocens, hendió el aire.
—¡No! ¡No permitiré que lo hagas, Qoth! ¡Antes... antes tendrás que sacrificarme a mí!
Xaika se había abierto paso entre la apretada multitud y como una furia irrumpió en la planicie y se arrojó sobre su padre, que aguardaba su suerte hincado de rodillas sobre la dura roca.
Dominado por la ira, Qoth se abatió sobre ella, dispuesto a degollarla de un solo tajo de su formidable cuchillo de pedernal.
Posiblemente lo hubiera conseguido si un brazo tan potente como el suyo no se hubiera interpuesto en su trayectoria, atenazándole por la muñeca y frenando en seco su impulso.
Qoth se volvió, rabioso.
Su estupor fue indescriptible al contemplar junto a sí el rostro tallado a cincel de su hijo, Xee.
Por un momento, el resentimiento y la sorpresa le impidieron hablar.
Trató de liberar su brazo, pero fue inútil: los dedos de Xee apretaban

como un dogal de acero y las fibras musculares de su brazo izquierdo aparecían tensas y firmes, a punto de estallar.
—¡Xee! —bramó Qoth—. ¿Eres tú? ¿Cómo... cómo te atreves a oponerte a los designios de tu padre?
Los ojos de Xee lanzaron un destello metálico.
—Amo a Xaika, padre. Juzga tú la intensidad de mi amor por esta mujer... Me ha obligado a alzarme contra ti —articuló Xee, con los músculos faciales dramáticamente tensados.
—Pero... Ella te despreció públicamente, Xee. ¿Eres tan estúpido como para provocar a tu padre por causa de ella? —exclamó Qoth, airado, porque sabía que todas las miradas de los hombres de la tribu convergían sobre ellos, pendientes de la cuestión.
—Por encima de todo, padre, no permitiré que inmoles a Xaika —repitió testarudamente Xee.
Los dos hombres cíclopes, con los poderosos músculos en tensión, componían una magnífica estampa.
De pronto, sin embargo, Qoth se relajó y el cuchillo de pedernal rebotó sobre la roca, lejos del cuerpo de Xaika.
—No puedo pelear a muerte contra mi propio hijo —declaró Qoth, con voz solemne—. Puesto que tanto amas a Xaika, ella vivirá.
—Pero mi padre... —gimió Xaika, desde el suelo.
Xee la miró y comprendió. Sin soltar la muñeca del potente brazo de Qoth, se atrevió a exigir:
—También deberá vivir Parab, padre.
Qoth sonrió, sutil.
—De acuerdo. Pospondremos el sacrificio hasta que una de las mujeres encinta de a luz a su hijo. Entonces dispondremos de doscientos niños con los que satisfacer a Guri —cedió.
Oídas aquellas, palabras, Xee soltó el brazo de su padre y su pecho se hinchó en una profunda inspiración, con la que recobraba el resuello perdido en la angustiosa confrontación.
Luego, llevado de su amor, se inclinó sobre Xaika con ánimo de elevarla del suelo.
Aprovechándose de ello, Qoth unió sus dos enormes puños en maza y le asestó un escalofriante golpe en la nuca, que abatió a Xee.
No contento con ello, Qoth arrebató la maza de sílex a Grix que colgaba de su cinturón y la dejó caer sobre la cabeza de su hijo hasta que el arma se tiñó de la sangre de Xee.
Inmóvil éste sobre el piso rocoso, quizá muerto, Qoth se volvió, desafiante, a su pueblo.
—Cualquiera de vosotros que se oponga a mi voluntad, recibirá el mismo castigo que Xee, mi hijo —advirtió, con voz tonante.
Esperó, tenso, por si alguna voz se alzaba de entre los hombres de su tribu.

Pero Qoth era demasiado fuerte y cruel para tener enemigos, así que todos callaron.
Entonces, el nuevo jefe ordenó:
—Acercaos. Maniatad a Xee y unidlo a Xaika. Porque he decidido que los dos correrán la misma suerte. Por una vez; alteraremos la tradición… ¡El sacrificio a Guri constará de doscientas dos vidas!
Un grupo encabezado por Teey y Grix se aproximaron a Xee, todavía inconsciente, y le maniataron estrechamente a Xaika, cuyos ojos giraban enloquecidos en sus órbitas.
—¡Yill os fulmine! —gritó la joven.
Pero Qoth no se inmutó.
Recuperado su gran cuchillo de piedra, aproximó la afilada arista al cuello de Xaika y bramó:
—¡Tú caerás fulminada mucho antes!
Los xocens permanecían en religioso silencio. El espectáculo del sacrificio les fascinaba hasta suspender todas sus funciones vitales, a excepción de la vista.
Los ojos destellaban, fijos en el cuchillo que empuñaba Qoth, quien de pronto dejó escapar un poderoso alarido de su garganta y alzó el puñal.
Todos esperaban ver brotar la inocente sangre, cuando en lo alto brotó la luz destellante, cegadora, al tiempo que un insoportable zumbido hería los oídos de los xocens.
Aterrados, alzaron sus ojos y retrocedieron deslumhrados por el cegador resplandor azulado.
Luego, de repente, el fulgor se abatió sobre la próxima laguna.
Brillantes surtidores de agua se alzaron sobre el firmamento. Y al ser taladrados por aquella luminosidad azul, las ondas acuáticas resplandecieron fantásticamente.
Todo lo cual llevó el pánico a los sencillos espíritus de los xocens, que cayeron en tierra y ocultaron el rostro en el polvo.
También Qoth dejó caer su cuchillo y se prosternó en tierra, deslumbrado y dominado por el temor.
—¡Es Yill, el dios Sol! —gritó alguien.
Y centenares de alaridos de pavor hicieron coro a aquella voz.
Qoth, taimado, alzó el rostro, cubiertos sus ojos por una mano, ansioso, a pesar de todo, por contemplar aquel portento.
Consideró que Xaika, al borde de la muerte, había impetrado al dios Yill, Si Yill venía en su ayuda, tal hecho significaba que Qoth sería maldito de por vida a los ojos del dorado Yill.
Y creyéndolo firmemente así, Qoth se estremeció de terror.
El zumbido horrísono había cesado. Ahora sólo podía escucharse el graznido lejano y ominoso de los amenazadores xitchs, espantados por la irrupción de aquel cegador cuerpo azul que descendiera de lo alto.

CAPÍTULO VI

En cuanto la Neworld-009 se elevó en el espacio y escapó de la zona de gravedad de Haleck, la tentación prendió en el cerebro del coronel Sullavan.

—Sí, ¿por qué no? —exclamó en voz alta—. Posiblemente, el control de Tierra haya dado ya por perdida a esta nave. Así, pues, ¿por qué no permitir que la Neworld-009 se pierda en la inmensidad? Una curiosa tripulación de fantasmas y un solo hombre vivo... ¡Yo!

Poco a poco, la idea fue afianzándose en su desequilibrada mente.

Sería algo hermoso permitir que la enorme astronave navegase a su capricho, cruzar sin rumbo fijo la inmensidad insondable, extraviarse en la Nada.

Una experiencia sin límites, jamás vivida conscientemente, una original forma de suicidio..., ¿por qué no?

La potente Neworld-009 navegaría a través del espacio durante varios meses, quizá durante años enteros, impulsada por la inercia.

Lentamente irían extinguiéndose las provisiones vitales: alimentos, agua, aire, combustible...

Después..., la Noche Eterna, la Nada.

Sería una muerte dulce, incruenta. Y la verdad era que Syd Sullavan sólo deseaba morir.

No sentía ningún malestar físico. Se diría que su enfermedad cardíaca había desaparecido por sí sola sin dejar la menor secuela.

Por lo demás, Sullavan había tenido suerte: en el departamento del ingeniero Bancroft había encontrado una docena de botellas de fuerte licor, parecido al vodka, destilado posiblemente en la Base Heedy.

Quizá fue el alcohol lo que excitó su loco proyecto de dejar la astronave sin gobierno y perderse en la noche del espacio.

Beodo, inmerso en las pesadillas alcohólicas, Sullavan abandonó la cabina de navegación y volvió a su departamento, donde se encerró.

El eco de una remota voz resonaba débilmente en su cerebro de vez en cuando:

—¡Katie, Katie, amor mío!

Pero Sullavan ahogaba aquella voz en alcohol y seguía embruteciéndose, paso a paso.

A los cinco días de la partida de Haleck, Sullavan abandonó su departamento.

Una sola causa le impulsaba a ello: la provisión de alcohol hallada en el departamento de Bancroft se había agotado y el coronel abrigaba la esperanza de encontrar algunas reservas de alcohol en cualquier recoveco de la astronave.

En el recodo del pasillo, el cadáver de John Findow comenzaba a

heder. Sullavan, sin embargo, apenas reparó en ello.
¿Cómo sentir repugnancia si dentro de algunos días él mismo sería un cadáver más?
Por desgracia, su búsqueda no fue muy fructífera. No encontró nuevas botellas de licores y ello despertó en él un estallido de furia que le obligó a romper, a destrozar cuantos objetos frágiles encontró a su paso.
Finalmente, en el botiquín encontró un frasco con unos litros de alcohol vínico.
Probó un trago y el fuego del infierno se desencadenó en sus entrañas. Las lágrimas brotaron copiosas a sus ojos, como resultado del atroz escozor.
Algún tiempo después probó apenas un poco de alcohol. Y entonces el malestar fue mucho más aguantable.
De forma que pocos días después había dado fin al frasco encontrado en el botiquín de a bordo.
¿Qué hacer entonces?
Cada vez más tenso y violento Sullavan recorrió la Neworld-009 hasta sus más intrincados recovecos, pero no encontró nada que pudiera sustituir al alcohol. Ni siquiera un vulgar frasco de colonia.
Entonces la más feroz desesperación se apoderó de él.
Se golpeó, gritó, maldijo, pronunció las más horrorosas blasfemias, se hirió, arañó su piel y se arrastró por el suelo como una bestia inmunda.
Sullavan se bañó en su propia sangre y dejó una estela rojiza sobre el piso del pasillo, hasta llegar a su departamento, donde se arrojó, absolutamente fatigado.
No había ingerido alimentos durante muchos días, apenas se había alimentado a base de alcohol y su resistencia se encontraba ya al límite.
Nadie podría averiguar cuántos días permaneció amodorrado encerrado en su departamento. ¿Quince, veinte días, meses enteros...?
Cuando volvió en sí experimentó una atroz debilidad, tanto física como mental.
Sullavan se sentía incapaz de poner en orden sus ideas. En realidad, al principio ni siquiera supo averiguar cuál era su situación exacta.
Poco a poco, los recuerdos volvieron a él. Y con la memoria, la locura se desató en su interior.
Necesitaba beber urgentemente. Lo que fuese, algo que le devolviera la vitalidad. Pero en sus apetencias sólo existía un líquido: el alcohol.
Arrastrándose, tan débil como un niño, consiguió abrir la puerta de su departamento. Así, como un reptil, siguió avanzando por los pasillos, sin rumbo fijo, pero con una idea obsesiva martilleando su cerebro: debía encontrar alcohol con el que satisfacer su ansia de sediento.

Todo fue inútil porque nada encontró.
Entonces, la cólera se desató dentro de él de forma impresionante: pataleó, chilló, se arañó e incluso rasgó sus vestidos.
Luego, fulminantemente, su corazón falló y Sullavan quedó inmóvil en el suelo, mientras sus labios se manchaban de aquella baba amarillenta.
Volvió en sí al cabo de cierto tiempo, y de nuevo el conocimiento obsesivo de su extraña situación provocó una segunda crisis cardíaca, que le sumió en la inconsciencia, en la Nada, tal vez en la muerte...

* * *

Sus párpados se abrieron pesadamente y los ojos, inyectados en sangre, recorrieron con estupor la conocida amplitud de la cabina de navegación.
El aire respirable de aquel habitáculo comenzaba a corromperse, a tornarse nauseabundo.
Giró el cuello y vio los cadáveres del piloto Polk y del copiloto Racey. Contempló sus rostros oscuros, hinchados; sus cuerpos ya en plena descomposición.
Un alarido incontrolado se escapó, de las resecas fauces de Syd Sullavan. Un chillido de horror, de miedo intenso, de pánico.
Quiso huir, alejarse raudamente de aquel tétrico lugar. Incluso consiguió ponerse en pie; pero sus rodillas se doblaron y nuevamente cayó al suelo como un fardo.
Súbitamente, un cambio violento se operó en Sullavan. De repente comprendió que era hambre lo que sentía y no sed. Necesidad urgente de alimentos, precisión de ingerir en seguida comida, de escapar a la muerte, fuese como fuere.
No tenía fuerzas, pero la desesperación se las dio. Avanzando milímetro a milímetro como un gusano, consiguió arrastrársela lo largo de la cabina hasta alcanzar el pasillo.
Sólo había una meta en su cerebro: llegar hasta la bodega. Allí se almacenaban centenares y centenares de kilos de carne congelada, de pescado, de legumbres, de verduras y frutas...
Fue una caminata agotadora y exasperante, a pesar que la bodega apenas distaba cincuenta metros de la cabina de navegación.
Al fin Sullavan se irguió penosamente y abrió la puerta. Tropezó, cayó, volvió a levantarse: ante sus ojos tenía los frigoríficos, con sus estanterías abarrotadas de latas llenas de rico jamón york, de conservas de pescado, de legumbres sazonadas.
Comió groseramente, con brutalidad. Y cuando terminó, destapó una botella de leche y no cesó de beber hasta agotarla.
Eructó sonoramente, y notó que las energías volvían rápidamente a

sus músculos y a su cerebro.
—Debo librarme de esas carroñas —murmuró, pensando en los cadáveres ya corruptos de Polk, Racey y Findow—. O dentro de poco yo seré una carroña más a bordo de esta nave.
Sus pensamientos volvían a ser conexos, más claros y razonables. Y su voluntad comenzaba a robustecerse.
«He sido un loco, un exaltado, un temerario —se dijo—. Es cierto que no me importa morir, pero no quiero terminar de esta repugnante forma.»
Se puso en pie.
Se tambaleaba camino de las bodegas de carga, pero consiguió mantener el equilibrio hasta llegar allá.
Conduciendo una carretilla eléctrica —consciente de sus escasos recursos físicos por el momento—, Sullavan tornó a la cabina de navegación.
Otro hombre cualquiera hubiera vomitado violentamente cuanto acababa de ingerir, toda vez que Sullavan hubo de tomar con sus manos los cadáveres de Polk y de Racey y cargarlos en la carretilla.
Sin embargo, Syd realizó lentamente la operación sin experimentar ya el menor asco.
En el pasillo, se detuvo para recoger el cadáver de John Findow. Poco después utilizaba el aventador de residuos de a bordo para lanzar, al espacio infinito los tres cadáveres.
Profundamente agotado por el esfuerzo, Sullavan volvió a la cabina de navegación y bajó de la carretilla eléctrica.
Fue a sentarse en el puesto del piloto con la intención de dirigir un vistazo a los aparatos de control, pero el sopor le asaltó vivamente y sus brazos colgaron inertes a sus costados.
Un segundo después, Sullavan se había dormido profundamente.
La pantalla del televisor, conectada veinticuatro horas de cada día, sin interrupción, mostraba las imágenes que enviaba la cámara situada a proa, en el exterior de la Neworld-009.
Sobre el negro terciopelo del espacio destacaba un cuerpo celeste envuelto en un halo dorado.
La gran astronave, sin gobierno, se aproximaba a gran velocidad a un remoto planeta llamado Xoc.

CAPÍTULO VII

La Neworld-009 se agitó violentamente al penetrar en el área gravitatoria de Xoc.
El cuerpo de Syd Sullavan, sin la sujeción del cinturón automático de seguridad, se volcó con fuerza y cayó sobre el piso de la cabina.

Sullavan despertó bruscamente, con el espanto en sus ojos.
Masculló algo entré dientes, se restregó con fuerza el rostro y trató de alzarse del suelo.
Perdió algunos segundos preciosos en adquirir una noción medianamente clara de lo que estaba sucediendo a bordo.
En la pantalla del televisor, la bola dorada de Xoc aumentaba de volumen vertiginosamente.
Sullavan se abalanzó sobre, los controles y leyó la velocidad de la Neworld-009.
Era imposible ya desviar la astronave de su caprichosa trayectoria en línea recta hacia la monstruosa masa de aquel desconocido planeta.
Sullavan, lleno de estupor, contemplaba inmóvil, la pantalla del televisor.
Sólo quedaba una solución a la desesperada: poner en marcha la unidad de deceleración instalada a proa, con lo que conseguiría frenar la vertiginosa marcha de la Neworld-009 en su trayectoria hacia el cuerpo celeste que seguía agigantándose en la pantalla.
El mismo se sorprendió de su agilidad y rapidez de movimiento; de su enérgica y efectiva reacción.
Hubo una trepidación tremenda, provocada por la súbita deceleración motivada, por los poderosos retrocohetes de proa. Y a pesar de la ambientación anti-G del interior de la Neworld, Sullavan notó que sus pies perdían contacto con el piso de la cabina y su cuerpo se elevaba en el espacio hasta aplastarse contra el techo.
Un zumbido horrísono taladró sus oídos y martirizó su cerebro. Por otra parte, la presión de la deceleración era tan brusca que Sullavan llegó a temer que sus ojos fuesen a saltar fuera de sus órbitas de un momento a otro.
Despacio, segundo a segundo, la tremenda presión cedió hasta que el cuerpo del piloto perdió contacto con el techo de la cabina y Sullavan consiguió sujetarse a los aparatos de control.
Un vahído le obligó a cerrar los ojos. Tornó a abrirlos, pero se sentía tan mareado que apenas fue capaz de realizar el movimiento necesario para conectar el programa de descenso automático.
De repente, notó que se ahogaba y una angustia intensa atenazaba a su pecho. Despacio, como en una escena proyectada a cámara lenta, Syd Sullavan fue resbalando hacia el suelo.
Su fatigado y enfermo corazón había fallado en los últimos dramáticos momentos que se había visto obligado a afrontar.
Tal vez para Sullavan se aproximaba ya el irremediable final.

* * *

De un brinco se puso en pie.

Desconcertado, se palpó frenéticamente la cabeza, los brazos, el pecho, las piernas.
—¡Vivo! —exclamó, incrédulo—. ¡Estoy vivo aún!
Tardó en reaccionar algún tiempo, tan sorprendido se sentía. Luego, Sullavan comenzó a desarrollar una gran actividad.
Apenas en diez segundos había comprobado los aparatos de control del enorme tablero y llegado a una conclusión: la astronave apenas había sufrido algunos leves desperfectos en su estructura exterior.
¿Cómo era posible?
Conectó los emisores de rayos ultravioletas, al comprobar que la gran pantalla de televisión no arrojaba otra cosa que una imagen difusa y oscura. Inmediatamente, la pantalla se aclaró y poco después la imagen se tornaba clara, casi diáfana.
Vio brillar la superficie de los pantanos y comprendió: las aguas habían amortiguado con mucho el impacto de la enorme astronave en su descenso, evitando desperfectos más graves.
Pero ¿qué significaba aquel violento agitarse de la ciénaga, a qué seres pertenecían las colosales siluetas que se debatían en las oscuras aguas?
Intrigado, Sullavan utilizó el control remoto para variar el enfoque de la cámara de proa.
Un escalofrío de terror recorrió su cuerpo al distinguir las pavorosas siluetas de los monstruos que luchaban ferozmente a unos cincuenta metros de la Neworld, posada sobre sus patinadores en la ciénaga.
A través de los micrófonos exteriores pudo escuchar el horrendo gruñido de las bestias, sus jadeos apocalípticos y el terrorífico restallar de sus poderosos colmillos como émbolos acerados.
—¡Gigantescos reptiles, monstruos prehistóricos…! —murmuró, aterrado.
¿A qué oscuro y remoto inframundo había ido a parar?
Sullavan no poseía referencias de aquel planeta, ni siquiera conocía su situación en la cartografía sideral, ni siquiera su nombre.
Absorto, recorrió con las distintas cámaras de televisión los alrededores del pantano.
A poco más de un kilómetro de distancia, algo se movía sobre el rojizo firmamento.
Accionó el zoom de la cámara que utilizaba y en la pantalla apareció la escalofriante silueta de un enorme monstruo volador, mitad reptil, mitad pájaro.
Pero no era un solo ejemplar, sino un grupo de tremendos reptiles voladores compuesto por varias docenas.
Aquellos inquietantes pajarracos describían sus órbitas sin alejarse demasiado de un lugar específico, al borde del pantano, allá donde se alzaba un bosquecillo de altos helechos.
«Es evidente que esos bichos repugnantes rondan su presa», pensó,

clarividente.
Pero ¿qué presa?
Inútilmente intentó escudriñar aquella zona con el potente teleobjetivo de la cámara de televisión.
En verdad, el problema residía en que los proyectores de rayos ultravioletas —que permitían ver en la oscuridad— no conseguían llegar hasta el bosquecillo de gigantes helechos, a la orilla de la gran ciénaga.
Volvió la cámara hacia el centro de la ciénaga, allá hacia donde un tenue resplandor rojizo anunciaba la inminente aparición de algún astro.
Aguardó con el ánimo en tensión. Transcurrieron ocho, diez minutos y un enorme disco rosado se alzó sobre la línea del horizonte.
Era la primera de las tres lunas o satélites del planeta Xoc. Pero su luz no tenía la calidad lechosa, plateada, de la Luna terrestre, sino un tono rosado, fantasmal, que provocaba una insólita y fuerte fluorescencia violada al bañar las aguas del pantano y las primitivas arborescencias que rodeaban las sucias aguas.
Sullavan, admirado, profundamente abstraído, contempló durante largo rato el misterioso efecto óptico.
Pero entre las aguas color violeta pululaban numerosos seres desconocidos, de proporciones colosales, que gruñían, se agitaban y luchaban a los costados de la astronave.
Animales vivos y amenazadores, de extrañas y espeluznantes formas, que llevaban una sensación de peligro al ánimo de Syd Sullavan.
«Creo que lo más prudente será abandonar este extraño y peligroso mundo», pensó.
Se decidió, al cabo de pocos minutos. Lo sensato era acelerar los generadores de energía y escapar de la superficie del desconocido planeta.
¿Hacia dónde?
Sullavan no pensaba en ello. En realidad, para él no existía un objetivo fijo.
Rápidamente se puso en movimiento. Sus manos presionaron botones, sus ojos realizaron veloces lecturas de datos en los aparatos de control…
Pero la familiar trepidación de los reactores no se produjo. Sullavan contemplaba con expresión estúpida el enorme panel y sus ojos solicitaban una explicación del fallo a los aparatos de control de los grupos energéticos.
Volvió a intentarlo, pero los generadores permanecieron mudos.
Pronunció algunas palabras gruesas en voz baja y contenida. Hizo un esfuerzo para dominar su impaciencia y realizó algunas comprobaciones con el aparato detector de averías.

¡Allí estaba la avería! Sin duda, el violento amerizaje sobre el pantano había abierto alguna vía de agua y los grupos electrógenos que ordenaban el funcionamiento de los generadores se habían anegado.
Reparar la avería llevaría algún tiempo, pero no era imposible para Sullavan.
Existía, sin embargo, un tremendo impedimento: Sullavan tendría que trabajar bajo las aguas con uno de los equipos especiales de inmersión. Sólo que en las aguas del pantano se movían aquellos gigantescos monstruos prehistóricos.
Abrumado por la gravedad de la situación, Sullavan permaneció derrumbado sobre el panel de instrumentos, con el rostro apretado entre sus manos.
Notaba que su corazón palpitaba a velocidad excesiva y temió que un nuevo ataque cardíaco le sumiese en la inconsciencia, ahora precisamente, cuando necesitaba de todas sus energías y de toda su serenidad.
«Debo tranquilizarme —pensó—. Tengo que hacer un esfuerzo por dominar mis emociones... o mi corazón estallará.»
Respiró, honda y regularmente. Poco a poco, el ritmo de su corazón se fue apaciguando y Sullavan se sintió más relajado.
Conectó la televisión y dirigió su mirada hacia la pantalla.
La segunda luna de Xoc se elevaba ya en el firma mentó y la tercera se insinuaba hacia el Sur.
Fascinado, Sullavan contempló durante algún tiempo la insólita procesión de astros sobre la bóveda celeste de Xoc.
La luminosidad se había hecho mucho más intensa, hasta el punto de que los relieves de las orillas del pantano eran fácilmente visibles ahora.
Un punto rojo vivo destelló en el borde de la ciénaga.
—¡Parece... parece una hoguera! —murmuraron los labios de Sullavan.
Era una hoguera.
Sullavan podía ver el alegre movimiento de las llamas, el resplandor anaranjado que revelaba los relieves de unos peludos bultos en tierra.
Luego brilló otra hoguera. Y otra y otra.
Sullavan se frotó los párpados.
—¡Hogueras! —murmuró, desconcertado—: Donde se conoce el fuego, necesariamente debe haber hombres, personas, seres inteligentes...
¡Hombres!
Un calor desconocido inundó los envarados miembros de Syd Sullavan. Y ello era provocado por la súbita esperanza de que en aquel ominoso y desagradable planeta existiesen criaturas humanas.
Dominado por un repentino entusiasmo, Sullavan maniobró en el control remoto de la cámara de televisión para accionar el zoom.

Y lo que vio le dejó pasmado.
Sí, había media docena de hogueras en la llanura, muy cerca del borde de las ciénagas.
Pero ¿aquellos seres peludos que se movían pesadamente reuniendo ramas y troncos secos para alimentar las hogueras... podían recibir el calificativo de «hombres»?
Sullavan no podía calcular su estatura, pero sí podía contemplar sus cuerpos rechonchos, sus cabellos erizados y sus torpes movimientos de antropoides.
La escena que contemplaba era sumamente enigmática : apenas cuatro o cinco de aquellos seres eran los que se movían lentamente recogiendo leña. Pero ¿qué ocurría exactamente con los bultos tendidos en tierra? Centenares de bultos peludos prosternados en tierra, inmóviles, como si de fardos de pieles se tratase.
¿Se trataba de seres humanos... muertos?
Pugnando entre el miedo y la curiosidad, Sullavan manejó los controles del teleobjetivo de la cámara para alargar y concretar aún más la visión que le ofrecía la pantalla.
De pronto, realizó un descubrimiento: los monstruosos pajarracos que volaban en bandadas sobre aquella zona habían desaparecido, lo que significaba que también aquella especie de pterosaurios eran sensibles al temor al fuego.
Cosa extraña: también los gruñidos terroríficos y el movimiento habían cesado casi por completo en el seno de las aguas de la ciénaga.
Pero más que todo esto, a Sullavan le interesaba lo que estaba ocurriendo en la llanura próxima al pantano.
La pantalla le ofrecía ahora imágenes más nítidas. Veía a aquellas cinco figuras humanoides perfectamente, alimentando sin cesar las hogueras.
De repente, uno de aquellos seres se movió y su rostro quedó enmarcado en la pantalla.
Sullavan contempló alelado aquellas finísimas facciones femeninas, enmarcadas por un haz erizado de cabellos rojos.
—¡Una mujer! ¡Es en verdad una mujer! —gritó, como para convencerse a sí mismo de lo que estaba viendo no era una alucinación.
Gruesas pieles peludas envolvían a aquella criatura.
«No son rechonchos ni contrahechos —pensó—. Las pieles con las que se abrigan deforman sus siluetas, sin duda.»
Hechizado, Sullavan apenas parpadeaba, como para convencerse a sí mismo de que lo que estaba viendo no era una alucinación.
Era una mujer joven, no cabía duda, a pesar de que Sullavan sólo podía ver su rostro, ya que el resto del cuerpo permanecía como enfardado entre las gruesas pieles.

La cámara se apartó de aquel rostro bruscamente y fue recorriendo los cuerpos caídos en tierra.
No eran seres muertos. Aunque parecían inmóviles, sus cuerpos se agitaban en un temblor espasmódico.
Eran hombres y mujeres, seres inteligentes, al parecer. Pero ¿qué significaba exactamente su actitud —prosternados en tierra—, mientras otros cinco se preocupaban de seguir alimentando las hogueras?
Las tres lunas de Xoc estaban ya en lo alto del firmamento, simétricamente separadas, como en procesión, iluminando fantásticamente las aguas y la llanura.
Pasaban las horas. Sullavan contemplaba fascinado la extraordinaria escena, sin voluntad para apartar sus ojos de la gran pantalla de televisión.

CAPÍTULO VIII

Los xocens cayeron al suelo y sus rostros se aplastaron sobre la tierra.
Tan grandes eran su espanto y su estupefacción que ninguno osó siquiera dirigir su mirada hacia la estilizada silueta del extraño cuerpo que fosforecía en azul sobre las aguas de los pantanos de Achax.
Por un momento sólo se escuchó sobre sus cabezas el rumor espantoso de los graznidos de los repugnantes xitchs que se cernían en bandada sobre sus cabezas.
Luego comenzó a dejarse oír un cántico tembloroso y tímido.
Era Parab, que entonaba su hawailti, el canto de alabanza al poderoso y magnánimo Yill.
Pero la voz de Parab se extinguió lentamente y luego sólo quedaron los graznidos agoreros de los espeluznantes xitchs, que a cada momento se tornaban más audaces.
De repente, se elevó el llanto desconsolado de un niño.
Xaika, firmemente atada al corpulento Xee, giró el cuello con rapidez y advirtió lo que sucedía: uno de los niños destinados al sacrificio se había asustado ante la proximidad de un corpulento xitch y había emprendido desaladamente la huida hacia los pantanos.
Un alarido se escapó de entre los labios de Xaika cuando uno de los pajarracos se abatió en veloz planeo sobre el pequeño fugitivo.
Violentamente, Xaika se debatió tratando de liberarse para correr en auxilio del niño.
—¡Aprisa, aprisa, padre! —gimió, mirando desesperadamente a Parab, que contemplaba la atroz escena con ojos desorbitados por el horror —. ¡Tú estás libre! ¡Usa tu cuchillo de cuarzo, desgarra mis ataduras!
Parab consiguió salir de su estupor y se irguió. Pero cuando su robusto

brazo se movió cortando las cuerdas que sujetaban a Xaika, un chillido vibrante hendió el aire.
Luego se oyeron unos graznidos y Xaika contempló, temblando de horror y de ira, la silueta del xitch que se alejaba ya hacia el bosque de helechos que circundaba el pantano llevando entre sus garras el cuerpo del niño.
De entre la masa que formaban los cuerpos hacinados de los asustados xocens se alzó el llanto desconsolado de una mujer: era, sin duda, la madre de la criatura arrebatada por uno de los hambrientos xitchs.
De repente, la cólera estalló en el pecho de la bella Xaika. Y elevando su voz, gritó:
—¡Hombres y mujeres de Xoc! ¿Vais a permitir que las aves rapaces devoren a vuestros hijos, mientras vosotros os dejáis arrebatar por el espanto? ¡Reaccionad! ¡Si Yill ha descendido sobre Xoc, nada debéis temer de él! ¡Quizá… quizá su presencia en este planeta obedece a que trata de impedir el sacrificio al cruel Guri!
Lentamente, algunos hombres y mujeres fueron alzándose del suelo. No eran muchos: sólo dos varones y tres hembras, pero para Xaika eran suficientes.
—¡Mirad! —dijo Xaika, sin mirar a Xee, que había vuelto en sí y la observaba atemorizado—. Los xitchs vigilan aún a vuestros hijos. ¡Los devorarán si no reunimos pronto leña suficiente para prender algunas hogueras! El fuego los alejará.
—Tú mandas, Xaika —dijo humildemente uno de los hombres.
—Tú mismo, Waa, te encargarás de obtener fuego mientras nosotros reunimos leña suficiente. Y ahora emprendamos el trabajo.
Fue muy penoso reunir troncos y ramas suficientes para prender la primera hoguera.
La bajísima temperatura nocturna de Xoc y la larga inmovilidad de hombres y mujeres sobre el suelo había envarado sus miembros y hacía torpes y lentos sus movimientos.
Al fin, Waa corrió torpemente con un tizón encendido y prendió fuego al pequeño montón de ramas que Xaika y los demás habían ido reuniendo en el lugar donde se encontraban los ateridos niños destinados al sacrificio.
La alegre llamarada se alzó en el aire helado, haciendo crepitar las ramas. Rápidamente, Xaika y las mujeres tomaron a los niños y los reunieron alrededor, de la hoguera para calentar sus ateridos cuerpos y protegerlos del ataque de los monstruosos pterosaurios.
Arriba, los xitchs dejaron escapar sus graznidos de espanto y elevaron su vuelo.
Luego, cuando otras cinco hogueras rodearon el campamento, los siniestros pajarracos huyeron en la noche.
Para entonces, ya las tres lunas gemelas de Xoc descendían en el

firmamento, rumbo a su ocaso, mientras hacia el otro extremo comenzaba a insinuarse en el horizonte un resplandor mucho más intenso.
Qoth permanecía prosternado en tierra, invadido aún por el terror más animal.
Pero cuando el astro diurno de Xoc lanzó sus primeros rayos luminosos sobre los pantanos, un brusco cambio comenzó a experimentarse en su interior.
«¡Yill está en el firmamento! —pensó, asombrado. Y dedujo—: Yill no ha caído del cielo, no ha bajado a castigarnos... Luego, nada tenemos que temer de ese extraño cuerpo azulado que descendió sobre el pantano.
Entonces alzó el rostro del suelo, maravillado el mismo de su osadía.
Sus ojos se dirigieron con temor hacia el pantano.
El sol calentaba ya las aguas y la niebla ascendía con lentitud de la superficie de la laguna borrando todos los contornos.
Qoth se alzó de un salto y gritó, con voz potente:
—¡Mirad! ¡Mirad! Nada tenemos que temer... ¡Yill ha vuelto al firmamento! ¿Acaso no advertís que su fulgor azulado ha desaparecido de las aguas?
Al conjuro de su voz, los xocens fueron despertando de su letargo. Un rumor sordo, de admiración y cólera, se fue alzando de entre ellos.
—¡Qoth dice la verdad! Yill ha vuelto a su lugar y nos calienta ya con sus rayos.
Se miraban entre sí, avergonzados de su pasada debilidad, de su pánico aún reciente.
Y su vergüenza se fue transformando poco a poco en cólera.
—Nada tememos ahora, Qoth. ¿Qué debemos hacer? —preguntó Grix, que se había aproximado rápidamente al nuevo jefe.
Qoth miró al anciano Parab. Había crueldad en sus ojos dorados.
—Realizaremos el sacrificio a Guri —dictaminó.
—¡Nooo! —gimió Xaika, que le había oído.
—Sé prudente, Qoth —las palabras vibraban en los labios de Parab, el sabio—. Yill descendió anoche sobre nosotros. Y tú no debes olvidar que su venida supone una advertencia: el sacrificio a Guri no es agradable a los ojos de nuestro dios.
Qoth vaciló.
Pero entonces sucedió algo que decidió la cuestión: un sordo rumor, profundo y aterrador, se dejó oír. Y luego la tierra trepidó tenuemente durante algunos segundos.
—¡Escuchad, es él, Guri! ¡Y ésta es su definitiva advertencia! ¡Debemos sacrificar a los niños para calmar su cólera! ¿Qué decidís vosotros, hombres y mujeres de Xoc? —preguntó, con los ojos brillantes de ansiedad.

—¡Sacrificio, sacrificio! —respondieron centenares de gargantas.
Algunas mujeres prorrumpieron en llanto, Pero Qoth ordenó a los hombres que las hicieran callar.
—Y ahora, disponed vuestras hachas y vuestros cuchillos. El sacrificio va a comenzar…
Bruscamente, tomó a Xaika por los largos y crespos cabellos rojos y la derribó brutalmente.
—Mi voluntad era comenzar el sacrificio por el viejo Parab. Pero ahora sé que tú eres mil veces más peligrosa. Tú morirás en primer lugar, Xaika —bramó Qoth, iracundo.

* * *

Sullavan despertó con brusquedad.
Sus ojos, asombrados, contemplaron en primer lugar la gran pantalla de televisión.
Poco a poco, sus sentidos fueron volviendo a la consciencia, hasta que Sullavan comprendió con exactitud su situación.
—Tengo hambre —fue su primer pensamiento congruente.
Lo primero que hizo fue alimentarse abundantemente. Luego bebió con ansia una botella de leche.
—Es curioso —reflexionó—. No siento la menor ansiedad por probar el alcohol.
Y rompió, a reír de repente, como si acabase de realizar el descubrimiento más trascendente de su vida… ¡Podía vivir sin el alcohol!
Una extraña animación se apoderó de él. Rápidamente, recuperadas sus fuerzas, volvió a la cabina de vuelo.
Fuera, sobre la superficie de Xoc, el sol inundaba todo de luz. ¿Por qué entonces la pantalla de televisión no arrojaba otra cosa que imágenes diluidas, confusas, vaporosas?
—Niebla —dedujo Sullavan, que maniobró en los mandos de control remoto, tratando de obtener una visión mejor a través de las cámaras instaladas en el exterior de la Neworld-009.
No lo consiguió. La niebla era tan espesa que los objetivos de las cámaras resultaban impotentes para taladrar los vapores que emergían de la superficie del pantano.
Conectó los detectores de sonidos, pero no consiguió captar gran cosa.
Más animado a cada instante y con la firme idea de abandonar cuanto antes el planeta Xoc, Sullavan comenzó a disponer todos los elementos necesarios para reparar la avería en los grupos, electrógenos.
Disponía de un potente vehículo, tipo «Hoovercraft», en uno de los hangares de a bordo.
El «Hoovercraft», con su facilidad para desplazarse tanto sobre las

aguas como sobre los lodazales o terrenos firmes, le permitiría abandonar la astronave y realizar el trabajo en el exterior.
No sentía ya aquel pánico que experimentara durante la pasada noche hacia los monstruos colosales que pululaban en el pantano. En el armero de la cabina existían cuatro fusiles-láser, cuyos rayos podían terminar con cualquier animal e incluso perforar metales de gran grosor.
Decidido ya, Sullavan tomó el maletín de herramientas necesario y se ajustó a la espalda uno de los fusiles, cargado con cápsulas atómicas de gran duración.
Poco después abría los enormes portones del hangar dedicado a vehículos y penetraba en el «Hoovercraft», dotado de generadores autónomos.
Instalado ante el panel de instrumentos, accionó por control remoto una compuerta inferior. El agua del pantano comenzó a penetrar en el hangar produciendo un sordo y potente gorgoteo.
Apresuradamente, se vistió uno de los trajes espaciales autónomos y puso en marcha el «Hoovercraft».
Hubo un ligero balanceo y luego el vehículo descendió entre las aguas y ganó la abertura qué habían dejado libre las compuertas automáticas inferiores.
Despacio, el vehículo se deslizó bajo la masa colosal de la Neworld-009.
A través del visor frontal, comenzó a percibirse una cierta claridad opalescente, y luego, repentinamente, el «Hoovercraft» emergió a la superficie y su «colchón de aire» le permitió deslizarse suavemente sobre la superficie de la ciénaga.
La visión seguía siendo tan difusa como desde el interior de la astronave, puesto que los espesos jirones de niebla lo invadían todo.
Con sus sentidos atentos a la maniobra, Sullavan dirigió el vehículo junto al costado de la Neworld-009, cuyas planchas metálicas despedían un fulgor azulado.
Se detuvo junto a la zona siniestrada y calculó los destrozos.
«Es más grave de lo que supuse en un principio», pensó.
Y sus ojos examinaron con atención la ancha grieta entre las planchas que se abría como a unos tres metros sobre la línea de flotación y desaparecía, más ancha, entre las aguas.
¿Podría reparar la avería durante la hora escasa que duraría la provisión de oxígeno de los depósitos que colgaban a su espalda?
«Debo intentarlo, de todas formas», decidió, arrepentido de no haber tenido la previsión de dotar al «Hoovercraft» de balones de oxígeno de repuesto.
Descomprimió el interior del vehículo y salió al exterior, Avanzó paso a paso a lo largo de la plataforma que rodeaba la cabina y apoyó una

mano enguantada sobre las planchas de la astronave.
Un momento después se volvía, perplejo.
¿Era verdaderamente un grito lo que acababa, de escuchar o se trataba de una alucinación de sus sentidos?
Palpó su pecho y conectó el micrófono exterior. Un alarido salvaje, seguido de un griterío estruendoso llegó a sus oídos.
Y de pronto, recordó a los seres que había observado la noche anterior a través de la pantalla de televisión.
La curiosidad se desató dentro de él.
¿Quiénes eran aquellas criaturas, qué estaba ocurriendo al otro lado del muro de niebla que surgía de las aguas del pantano?
Consultó su cronómetro espacial. Le quedaban aún cincuenta minutos de oxígeno en sus balones.
«¿Qué puede exponer un hombre como yo, enfermo y desesperado?», se dijo.
La curiosidad le devoraba. Sentía una tremenda curiosidad por ver, por saber cómo eran aquellos seres, por averiguar qué estaba ocurriendo más allá de la niebla.
Volvió a la cabina del «Hoovercraft» y aceleró los generadores. Luego el vehículo vibró levemente y se deslizó a través de la niebla, dejando como estela un ancho túnel libre de vapores acuosos.
Previsoramente, Sullavan descolgó de su espalda el corto fusil-láser e introdujo una cápsula atómica en su brocal de carga.
El ímpetu del «Hoovercraft» aventó la niebla y descubrió la escena que estaba teniendo lugar a orillas del pantano.
De los costados del vehículo brotaban enormes surtidores de agua que al ser atravesados por los rayos del sol envolvían al «Hoovercraft» en su irisado halo fantasmal.
Luego el vehículo brotó en la orilla, sus generadores bramaron y arrojaron a lo alto una nube de polvo dorado.
A través del visor frontal, Sullavan vio al hombre corpulento blandiendo su arma de cuarzo sobre el cuello de una bella y joven mujer.
La reacción de Sullavan fue velocísima y automática: de un golpe abrió la puerta de la cabina, elevó el fusil y disparó, enviando una carga láser de sexta potencia contra el hombre que se disponía a matar.
El cuerpo de Qoth apareció envuelto en un halo azulado y luego se derrumbó como herido por un rayo.
Sullavan detuvo el «Hoovercraft» al margen del campamento xocen.
Petrificado por el asombro, contempló a aquellos centenares y centenares de criaturas que se arrojaban de bruces al polvo ante él y prorrumpían en histéricos alaridos.
—¡Habath, Yill, Yill, Yill! ¡Habath...!

CAPÍTULO IX

El sol se reflejaba en fulgores dorados sobre el traje metalizado de Syd Sullavan.

Al cabo, el hombre descendió del «Hoovercraft» y avanzó unos pasos hasta detenerse ante la multitud hacinada a sus plantas.

¿Era el destello dorado de su traje espacial lo que provocaba el pánico entre aquellas gentes?

Sullavan alzó la mirada. Y sus ojos tropezaron con los de la persona que permanecía arrodillada ante él a unos metros de distancia.

Era una mujer. Bellísima. Un rostro perfecto, exótico, de pómulos muy salientes y piel bronceada, enmarcado por un halo de cabellos rojos, muy erizados, como la crin de una fiera salvaje.

Pero los ojos… ¡los ojos clarísimos, en tono verde-agua, de aquella mujer reflejaban bondad, serenidad, dulzura, acatamiento…!

«Es la única criatura libre de pánico entre todas las demás», pensó Sullavan, asombrado.

—Habath, Yill —murmuró ella, con voz temblorosa y emocionada.

—Habath, Yill —repitió Sullavan, mecánicamente.

Y ella le dirigió ahora una mirada llena de desconcierto. Tras lo cual la mujer comenzó a hablar, con la impetuosidad de un torrente en aquel idioma extraño y musical.

Bruscamente, Sullavan recordó que en el «Hoovercraft» había visto un «All-talk», es decir, un aparato electrónico capaz de traducir elementalmente al inglés cualquier frase pronunciada en otra lengua.

Retrocedió rápidamente y la mujer se alzó del suelo y le siguió.

¿Lloraba? ¿Suplicaba?

Sullavan la observó unos momentos, confuso. Luego subió de un salto al vehículo y volvió con el «All-talk».

Con movimiento», seguros, conectó sus dos terminales al cuadro de instrumentos pectoral, y dijo:

—Habla. Ahora puedo entenderte.

Una sonrisa inteligente se insinuó en los labios de la mujer que permanecía a unos pasos de él, en humildísima actitud.

Algunas lágrimas brotaron de los bellos ojos verdes y los labios se movieron vehementemente.

—Misericordia, señor dios-Sol —tradujo el «All-talk».

—¿Misericordia? ¿Por qué? —replicó Sullavan, profundamente desconcertado—. No pienso haceros ningún mal. Sólo que… Bien, vi que ese hombre se disponía a matarte y decidí impedírselo.

—Qoth merecía la muerte —explicó la mujer en su idioma—. Estaba dispuesto al sacrificio, oh, Yill, de la Gran-Cabeza-De-Cristal.

Oyéndola, Sullavan apenas pudo aguantar la carcajada. Sin duda, la

mujer había tomado por su cabeza lo que no era sino la enorme bola de cristal que le servía de escafandra.
—Qoth, ese hombre, no está muerto. Sólo desmayado. El disparo que hice sobre él no es mortal —explicó a su vez, conteniendo la risa.
—Yill, oh, Yill, el Magnánimo, tú eres generoso con el malvado Qoth. El... sólo acata y teme a Guri.
—¿Quién es Guri? ¿Uno de... vuestros semejantes? —quiso saber Syd.
La mujer denegó repetidamente. Y luego explicó a Sullavan cuanto quería saber: Guri era el dios de las profundidades, el que sacudía las entrañas de la corteza del planeta Xoc y causaba terrible mortandad entre los xocens.
—¿Y tú, quién eres? —preguntó Sullavan, estupefacto.
—Xaika, hija del jefe Parab —respondió ella, bajando la mirada al suelo con gran timidez.
—Bien, Xaika, diles a esas gentes que nada tienen que temer de mí. No soy... —Iba a decir «no soy ningún dios», pero frenó sus palabras a tiempo—. No soy vengativo, ni está en mi ánimo perjudicarles de ninguna forma.
Xaika retrocedió sin darle la espalda ni un solo instante. Y cuando estuvo junto a sus xocens comenzó a hablar con voz dulce y enérgica, como si trátase de convencerles de algo.
Algunas mujeres se alzaron del suelo y permanecieron en cuclillas, pero ninguna de ellas osó alzar su mirada hacia la esplendente figura del dios.
Sullavan se separó del «Hoovercraft» y se aproximó a la hermosa Xaika.
—¿Qué les ocurre?—preguntó a través del «All-talk».
—Están... están aterrados. ¡Oh, Yill!. Pero, además...
—Vamos, explícate.
—Todos nos sentimos muy débiles. Llegamos a Achax ayer mismo. Los hombres debían disponerse para la caza, pero Qoth los distrajo con su obsesión por llevar a cabo el sacrificio «de los doscientos». Llevamos más de un día sin comer y no hay provisiones... La debilidad y el espanto inmoviliza a todos —habló la joven.
—Pero tú... —Sullavan contemplaba, extasiado, los ojos clarísimos de Xaika—. Tú eres fuerte y resistente. Estás en pie y no pareces sentir ningún temor hacia mí.
—Debo sobreponerme a la flaqueza y a la debilidad, oh, Yill. Por lo demás, ¿cómo puedo temer nada del dios-Sol, del más bondadoso y magnánimo, del que nos calienta con sus rayos y nos guía con su luz?
Sullavan estuvo a punto de romper en carcajadas.
«Así que me confunden nada menos que con Yill, el Sol. Si, supieran que sólo soy un deshecho, un remedo de hombre...», penso.
Alguien se acercaba.

Sullavan se volvió de un salto dispuesto a repeler cualquier agresión, pero sus músculos faciales se relajaron al comprobar la causa de su alarma.
Una docena de pequeñas criaturas le contemplaban con los ojos desmesuradamente abiertos.
¡Niños! No eran sino niños.
Cubiertos sus cuerpecillos con gruesas pieles semejantes a las del lobo.
Greñudos, con los cabellos semejantes a crines, como los de la propia Xaika, sí.
Ateridos sus rostros por el frío, agrietados sus labios y callosas sus manos, pero, con la expresión inocente, y diáfana de todos los niños del mundo.
—También ellos tienen hambre —dijo Xaika—. Pero eso no es lo más importante, puesto que están destinados a morir en sacrificio a Guri…
—¡No! —gritó Sullavan. Y Xaika retrocedió de un respingo, por lo cual el hombre apaciguó su tono—. No permitiré que estos niños sean sacrificados. En cuanto a su hambre, yo lo solucionaré.
Volvió corriendo al «Hoovercraft». Y cuando se disponía a subir advirtió que Xaika le había seguido y le miraba suplicante, sin cesar de jadear.
—¡No nos abandones, oh, Yill! —gemía la mujer.
Sullavan sonrió.
—Vamos, tranquilízate; Xaika. Voy a procuraros alimentos. Dispongo de provisiones de sobra —anunció. Subió al vehículo y lo puso en marcha.
Xaika retrocedió, aterrada a su pesar, y cayó en tierra.
Cuando consiguió alzarse del suelo, el ruidoso e insólito vehículo había desaparecido entre la niebla.
Entonces la mujer prorrumpió el chillidos escalofriantes. Y así, agitada por los sollozos permaneció durante unos minutos hasta que el fragor que se aproximaba la obligó a apartar su rostro del polvo y a incorporarse.
¡Yill volvía, Yill cumplía su palabra!
Cuando el «Hoovercraft» volvió a detenerse, Sullavan descendió de un salto y dijo:
—Ayúdame, Xaika. Tendremos que descargar los alimentos del vehículo.
Ella obedeció, entre admirada y decidida.
Poco después contemplaba con el mayor estupor en su bello rostro cómo Sullavan abría aquellos extrañísimos recipientes plateados y distribuía la comida entre los niños, que la aceptaron desconfiados al principio, para devorarla ansiosamente poco después.
Al fin, fue Yeey el que alzó el rostro de la tierra.
Vio masticar a los pequeños y hasta su sutil olfato llegó el aroma de

las viandas que Sullavan repartía a manos llenas.
Su estómago vacío, su feroz hambruna, pudo más que su temor. Y así, arrastrándose sobre el polvo, llegó hasta los pies de Sullavan y suplicó:
—¡Misericordia, oh, gran Yill! Yeey necesita un poco de comida para salvar su pobre vida.
Syd sonrió, irónico.
—Ve allá —dijo, señalando la pila de provisiones amontonada junto al «Hoovercraft»— y toma cuanto necesites.
Poco después, las provisiones eran distribuidas entre los casi mil xocens de la tribu y aquellos hombres iban abandonando poco a poco sus precauciones, aunque ni uno solo de ellos se atrevió a mirarle directamente.
—¿Por qué ese miedo, por qué ninguno de ellos osa mirarme? —preguntó Syd a Xaika.
Ella sonrió, extrañada.
—Temen... temen que tu visión les ciegue, oh, Yill —respondió.
—Pero tú me has mirado. Y no has quedado ciega —refutó Sullavan.
Xaika pareció sorprenderse mucho.
—¡Es cierto! Y no alcanzo a entenderlo... Yill siempre cegó nuestros ojos.
Sullavan tragó saliva. No quería seguir engañando a aquella pobre mujer.
—Escucha, Xaika —trató de fijar su atención—. Yill, vuestro sol, está allá, en lo alto del firmamento. Por tanto, yo no puedo ser Yill...
La joven xocen parpadeó, desconcertada.
Pero poco después, una sonrisa radiante resplandecía en su rostro.
—¡Ahora lo comprendo! Tú no eres Yill, sino Yillhad. ¡El hijo, el enviado del sol! —exclamó.
Sullavan movió la cabeza, resignado.
—Está bien, tómalo como quieras. En fin, dile a los hombres que pueden moverse a su antojo, preparar sus armas, levantar sus viviendas, hacer lo que les venga en ganas —indicó.
—Gracias, Yillhad —aprobó la mujer—. Así lo haré.
Xaika se alejó.
Sullavan la siguió con la vista y comprobó que ella iba de grupo en grupo, de hombre en hombre, llevando a todos su mensaje.
Los niños reían y jugaban con los botes de hojalata ya vacíos como si se tratase de los más preciosos y caros juguetes.
Distraído con sus juegos y sus gritos, Sullavan no advirtió que transcurría el tiempo.
De repente, un tremendo vahído le asaltó.
Quiso aspirar aire, pero no lo consiguió.
A punto de asfixiarse, consultó su cronómetro y comprobó, aterrado, que había transcurrido más de una hora desde que comenzara a

consumir el oxígeno de sus dos balones.
¡La provisión se había extinguido!
Su cerebro se nubló. Sus facciones se contrajeron violentamente al experimentar un brusco agobio en el pecho.
Luego, sus rodillas se doblaron, vaciló y cayó de costado.
Su escafandra plástica chocó brutalmente contra una piedra y se deshizo en varios pedazos.
Antes de perder el sentido, Syd Sullavan comprendió que iba a morir.

CAPÍTULO X

—No era falso —gimió entre dientes—. En verdad, el infierno está poblado de monstruos horripilantes, de reptiles nauseabundos, de lagos pestilentes y de vapores asfixiantes... ¡Este es el infierno!
Pero bruscamente aquel infierno cambió. A las formas terroríficas de los monstruos sucedió un bellísimo rostro de mujer. Un tierno, anhelante y hermoso rostro femenino que le observaba sin parpadear.
—¡Xaika! —exclamó, asombrado—. ¿También tú has venido a...?
Se calló.
¿Qué clase de tonterías estaba diciendo? ¡Claro que no había muerto! Podía percibir el calor de la hoguera ardiendo ante la burda tienda de campaña fabricada elementalmente con pieles. El olor acre del humo penetraba en su nariz y le obligó a estornudar con violencia.
Repuesto de su acceso, Sullavan aspiró aire con ansia.
¡Aire! ¡Aire, oxígeno respirable! Tal era la atmósfera de aquel remoto planeta al que sus escasos habitantes llamaban Xoc.
Durante largos minutos, Sullavan sólo hizo aquello: respirar, respirar profundamente aquel aire riquísimo en oxígeno y otros gases nobles.
Al cabo, comenzó a experimentar una sensación muy semejante a la borrachera. Era como si un júbilo, un optimismo sin fronteras se acabase de desatar dentro de él.
—Debí imaginar que la atmósfera de Xoc era respirable... Bastaba con ver arder las hogueras o... contemplar a Xaika, un ser vivo, de mi propia naturaleza —reflexionó.
Giró el cuello y miró a Xaika, que le contemplaba, a su vez, con profundo interés.
—Supongo que fuiste tú quien me trajo aquí —dijo.
Y se admiró al escuchar el timbre sonoro y musical de su propia voz.
Xaika pareció desconcertada y confusa.
—Ah, ya comprendo. No puedes entenderme sin el «All-talk». ¿Dónde...?
Sullavan se incorporó de un respingo. Se había olvidado por completo de su equipo, incluso de su fusil-láser... ¡Si alguno de aquellos

indígenas tomase en sus manos inexpertas la potente arma de muerte!
Se tranquilizó rápidamente. El «All-talk», el fusil e incluso un buen montón de provisiones estaban cuidadosamente apilados en un extremo de la tienda de campaña.
Se levantó ágilmente, tomó el «All-talk» y se lo ajustó en el pecho.
Al volverse, chocó impremeditadamente con Xaika, que le había seguido, solícita.
Su rostro rozó apenas las facciones de la mujer.
Y a su contacto, Sullavan experimentó una extraña y dulce sensación.
Miró a Xaika, confuso. Y fue entonces cuando advirtió que ella se había desprendido de las espesas pieles de lobo y aparecía... completamente desnuda.
Sus ojos fueron incapaces de resistirse a la contemplación admirada de aquel cuerpo magnífico, desnudo y bronceado, perfecto.
Luego la sangre se encendió en el rostro de Sullavan. Tosió, se acaloró, carraspeó, farfulló algunas frases ininteligibles.
—Xaika —dijo al cabo, con voz enronquecida—, ¿no... no puedes cubrirte con... algo?
Xaika pareció muy sorprendida.
—¿Por qué? ¡Aquí hace calor! —exclamó con toda sencillez.
—Supongo..., supongo que esto forma parte de vuestras costumbres —respondió Sullavan, desviando la mirada—. Sin embargo, te lo ruego: vístete. No podría hablar contigo... así.
La mujer retrocedió hacia el otro extremo de la tienda, rebuscó en un enorme saco de piel y se cubrió el cuerpo con un trozo de fina piel sedosa a través de cuyo único agujero introdujo la cabeza.
Aquel singular «poncho» apenas la cubría, pero cuando Sullavan volvió a mirarla, se sintió ya algo más sereno.
—Hablemos ahora —propuso. Y se dejó caer sobre la inmensa piel peluda que le había servido de lecho.
Xaika se aproximó, tímida, y se arrodilló junto a él.
—Me desmayé, ¿verdad? —dijo él—. En realidad, estoy enfermo.
Los ojazos de Xaika se desorbitaron.
—¿Enfermo? ¿Tú, enfermo, oh, gran Yillhad?
Sullavan rió de buena gana. Xaika seguía creyendo que él era un dios, o un hijo de dioses y, naturalmente, no alcanzaba a entender que una deidad pudiera enfermar.
—Creo que debemos dejar aclaradas las cosas, Xaika, desde ahora mismo. No soy un dios, sino un mortal, como tú misma. Llegué a Xoc... accidentalmente, cuando me dirigía a la Tierra. Veo el asombro en tus ojos... La Tierra es igual a Xoc, otro planeta, otro cuerpo celeste...
Ella le miró con infinita sorpresa.
—Pero la gran Nave del Sol en la que llegaste... —murmuró.

—¿La Neworld? Se trata de una astronave, de un gran vehículo para trasladarse a través del espacio. Nosotros las fabricamos, ¿comprendes? No se trata de nada sobrenatural, por más que a vosotros os lo parezca… ¿Dudas aún? ¡Mírame! Soy un hombre, como cualquiera de tus semejantes… Puedes tocarme, palparme, si lo prefieres. Tengo una cabeza, dos brazos, dos piernas… Soy exactamente igual que vosotros. Mi piel es más clara que la vuestra, pero todo lo demás, es semejante.
Acompañando a sus palabras, Sullavan se había puesto en pie, separando los cierres herméticos de su traje espacial y mostraba ahora sus anchos hombros, su pecho velludo y plano, su vientre…
Xaika se aproximó a él y le tocó, incrédula.
Y luego, de repente, retrocedió, cayó en tierra y comenzó a sollozar desgarradoramente.
Al principio, Sullavan fue incapaz de reaccionar, sorprendido por la brusca e insólita actitud de la mujer.
Finalmente se inclinó sobre ella y la acarició.
—¡Xaika, Xaika! ¿Por qué te afliges tan profundamente? —exclamó, nervioso.
Pero ella seguía gimiendo con tanta aflicción, que Sullavan se impresionó.
De repente, Xaika alzó el rostro, manchado de polvo gris, del suelo.
—Ahora…, ahora nadie podrá impedir el sacrificio… —gimió.
—¿Era ése el motivo de tu aflicción? No temas, Xaika: ese sacrificio no se realizará. Yo lo impediré —afirmó el hombre.
Xaika le miró fijamente, esperanzada.
—¿Lo harás? ¿Serás capaz? Qoth domina a toda la población xocen. Más de cuatrocientos hombres adultos acatarán sus órdenes sin dudar…
—Hay una solución, Xaika —respondió Sullavan, con expresión enigmática.
—¿Cuál?
—Dejemos seguir creyendo a los tuyos que soy un dios, Yill, el poderoso. ¿Crees que ellos se atreverían a enfrentarse a Yill? Además…, tengo mi fusil-láser —declaró Syd, señalando el arma. Xaika siguió su mirada sin poder evitar un escalofrío de temor.
—Ese terrible rayo de la muerte… —murmuró—. ¡Si Qoth consiguiese arrebatártelo…!
—Tú y yo vigilaremos para impedírselo, Xaika —repuso Sullavan, para tranquilizarla.
En el fondo, no sentía ninguna prevención hacia el hecho de que pudiera serle arrebatado el fusil-láser, puesto que el arma nada significaba si se le extraía la cápsula atómica que albergaba en su interior.

Fuera de la tienda se había hecho la noche.
Desde el próximo pantano llegaba el rumor escalofriante de los gruñidos de las fieras, de sus tremendos coletazos que hacían hervir las aguas y sus penetrantes chillidos agónicos.
Luego, por encima de aquel rumor se alzó el sonido melancólico y ululante de unos cánticos.
—¿Qué ocurre ahí fuera? —preguntó Sullavan—. ¿Quién canta?
—Son algunos hombres de la tribu, dirigidos por Parab, mi padre. Entonan su más fervoroso hawailti en agradecimiento a tu generosidad y a tu benéfica y protectora presencia entre ellos —explicó Xaika, con una leve sonrisa enigmática en los labios.
Xaika salió un momento y agregó a la hoguera algunas ramas secas. Tras lo cual, volvió a la tienda y se arrodilló a los pies de Sullavan.
—Extraño y misterioso mundo el vuestro, Xaika —murmuró, pensativo—. No tengo sueño, me siento descansado, ligero y fuerte, como si nunca hubiera estado enfermo. La curiosidad me devora. Quisiera saberlo todo acerca de vosotros, de vuestras costumbres, de las particularidades de este insólito planeta, tan diferente al mío... ¿Querrás hablarme de todo ello, Xaika?
La mujer asintió.
Y así, arrodillada a sus pies, Xaika fue explicándole todo cuanto de maravilloso, raro y terrible existía en Xoc.
Le habló de sus creencias religiosas, de su adoración a Yill, de su temor hacia el cruel Guri, señor de las profundidades; de Begeerind, el dios de los hielos, que cubría de nieve eterna la región de Shub, es decir, el Norte; de Kronch, el señor del Rayo...
Le describió las escalofriantes tormentas eléctricas que asolaban la región de Yzom y que provocaban incendios colosales, capaces de calcinar medio planeta.
Relató también Xaika las terribles dificultades de los xocens para alimentarse a base de gi en las tierras del Norte y de carne de los animales que cazaban en el Sur.
Gracias a ella, Sullavan conoció la existencia de temibles animales carniceros, capaces de partir a un hombre en dos de una dentellada y también escuchó la descripción de los terroríficos reptiles que pululaban en los pantanos...
Hasta que la fatiga rindió a Sullavan. Sin darse cuenta, sus ojos se entornaron y todo su ser se entregó al descanso.
Entonces, Xaika le envolvió en suaves pieles de bawp y ella misma se acostó a su lado, piel con piel, cuerpo con cuerpo.

CAPÍTULO XI

Un grito estridente y afilado como un puñal le obligó a despertar, lleno de sobresalto.
Abrió los ojos. En la puerta de la tienda estaba Xaika.
Había una tan intensa expresión de horror en sus bellas facciones, que Sullavan palideció intensamente.
Xaika permanecía inmóvil, como petrificada, mirándole con los ojos desorbitados. Parecía absolutamente incapaz de cualquier movimiento.
—¿Qué..., qué ocurre? ¿Por qué gritaste? —preguntó él a través del micrófono del «All-talk».
Los labios de Xaika temblaron.
—No... no te muevas. Ni un solo movimiento, Yillhad. O morirás —pronunció la mujer.
A pesar suyo, Sullavan se incorporó sobre los codos, entre aterrado e impaciente.
—Pero ¿puedes explicarme de una vez que...? —gritó.
—Entre tus muslos... —siseó Xaika, yerta de espanto—. ¡No te muevas!
Sullavan permaneció rígido, sin osar siquiera bajar la mirada.
—¿Qué..., qué es? ¡Por favor, Xaika, debo saberlo, para poder defenderme! —gimió, sintiendo el terror como algo sólido en sus venas.
—Es..., es Wo. Mientras yo estaba fuera, debió penetrar en la tienda. El fuego está apagado ya... por eso pudo penetrar —murmuró ella.
—¡Wo! ¿Quién es, qué... es? —preguntó el hombre, más espantado a cada instante.
Pero Xaika fue incapaz de hablar.
Por otra parte, no fue necesario. Algo acababa de moverse entre las piernas de Sullavan.
Un cuerpo de forma cilíndrica, tan grueso como su brazo, se rebullía lentamente entre sus muslos.
Era de un color marrón perlado, brillante, y estaba dotado de un largo vello del mismo color y de... ¡centenares de patas que se movían sin cesar a lo largo del repugnante cuerpo vermiforme!
Un ciempiés.
Pero un ciempiés de un metro de longitud, cuyos quelíferos —pinzas prestas a hincarse en los muslos— se movían parsimoniosamente sobre el vientre de Sullavan.
Era un bicho venenoso, de tamaño descomunal para los de su especie, normales en la Tierra.
El animal se había aletargado entre las piernas de Sullavan, buscando, quizá, el calor que emanaba de su cuerpo.
Un ronquido sibilante brotó de la garganta del hombre.
El miedo y la repugnancia congelaban su capacidad de reacción ante

el peligro cierto que suponía el enorme miriápodo.
Porque el cerebro de Sullavan trabajaba sin cesar. Si un ciempiés o una escolopendra de unos cuantos centímetros era capaz-con su picadura venenosa— de poner en peligro la vida de una persona, ¿qué ocurriría cuando el temible Wo clavase sus pinzas en sus músculos?
«Mi corazón fallará ahora —pensó—. Es demasiada tensión para mi pobre corazón.»
Pero el corazón de Sullavan seguía marchando rítmicamente, sin ninguna alteración.
Y el razonamiento se produjo en su mente:
—Si mi corazón es capaz de resistir, yo debo sobrevivir.
Observó a aquella bestia peluda de un metro de longitud. Y ¿cuando sus pinzas venenosas se alzaron al aire, Sullavan giró a la derecha de un violento escorzo y rodó sobre sí mismo, hasta que la piel tensa de la tienda le detuvo.
Ni siquiera miró a Wo, el monstruoso ciempiés. Sus manos habían aferrado el fusil-láser con fuerza y sus dedos seleccionaban velozmente un disparo «segunda potencia».
Wo había sido despedido a dos metros de distancia; Su cuerpo pardo-ceniciento, se enfoscó en el aire y rebotó sobre el suelo, quedando presto para el ataque.
Sullavan apretó el disparador. El rayo láser zumbó suavemente, se produjo una gran luminiscencia dorada y Wo se desintegró en el aire, al tiempo que el rayo horadaba una gran sección de la tienda y el aire se impregnaba de hedor a piel chamuscada.
Xaika permanecía en la entrada, rígida, petrificada, convertida en una estatua por el espanto,
Sullavan se puso en pie y notó que su epidermis exudaba copiosamente. Miró a Xaika, vio su rostro gris y se aterró.
—¡Xaika, Xaika! —gritón—. ¿Qué te sucede?
Corrió hacia ella, la tomó por los brazos y la zarandeó con violencia.
Juntos, se desplomaron sobre la enorme piel que servía de lecho.
Como un loco, Sullavan comenzó a besarla, a prodigarle tiernas palabras de consuelo, con las que trataba de hacerla volver a su estado normal.
Luego, ella prorrumpió en un gemido quejumbroso y de sus ojos brotaron raudales de lágrimas…

* * *

—Se acabó-dijo Sullavan, mirando a Parab.
—Lo temía —respondió el anciano, con pesar—. Somos muchos. La comida no podía durar eternamente.
A unos cincuenta metros de distancia estaban Qoth y sus hijos. Había

en ellos una actitud recelosa, traidora, como si se preparasen a poner en práctica una de las rastreras argucias que emanaban casi siempre del cerebro de Qoth.
Sullavan dirigió un vistazo al «Hoovercraft» varado en seco, a pocos metros de la orilla del pantano.
En la Neworld no quedaban ya provisiones: Sullavan, locamente, las había repartido de forma generosa entre los hombres y mujeres de Xoc.
Ni un solo segundo había meditado en el porvenir. Ni siquiera sabía explicarse por qué él, un terrestre, llevaba casi dos meses viviendo en el seno de una tribu salvaje, en un planeta violento y primitivo como Xoc, a una distancia casi incalculable de la Tierra.
Se había preguntado en muchas ocasiones si la razón de su permanencia en Xoc se debía a haberse enamorado de Xaika.
La amaba, sí; la había convertido en su hembra —la esposa de Yill, el dios, decían los xocens, ingenuamente—, pero no podía responder rectamente a aquella pregunta.
La verdad era que no sabía si amaba a Xaika o sólo le había impulsado hacia ella su salvaje belleza o la bondad de su ingenuo corazón salvaje.
La respuesta que Sullavan no quería confesarse podía ser ésta: generosidad.
Desde que llegó se había sentido compadecido por aquellos seres primitivos, indefensos, abandonados a toda suerte de calamidades.
Los xocens, por ejemplo, consumían casi todos sus alimentos crudos, incluso la carne. ¿Por qué? Sencillamente, sus únicas vasijas eran los cuencos formados por los cráneos de sus presas. Y, naturalmente, el hueso, no resistía durante mucho tiempo la exposición directa al fuego, por lo que aquellos indígenas preferían conservar sus elementales vasijas y devorar la carne cruda o semiasada.
A lo largo de las primeras semanas, Sullavan les había enseñado a construir hornos a base de leña, a amasar y a purificar la arcilla e incluso a construir elementales utensilios de cerámica, muy groseros en cuanto a forma, sí, pero resistentes al fuego.
Los xocens habían gritado y llorado de puro júbilo cuando pudieron utilizar las primeras piezas de barro cocido, casi tanto como cuando Sullavan construyó y adaptó unas ruedas de madera a sus pesadísimos trineos o hulams.
¡Qué delirio entre los indígenas cuando comprobaron que un niño era apenas suficiente para empujar el carromato con ruedas, cuando eran necesarios cinco o seis hombres robustos para arrastrar un hulam...!
Sullavan les había regalado piezas de metal, con las que fabricar prácticos y certeros cuchillos y algunas armas arrojadizas; les había enseñado cómo obtener fácilmente fuego mediante el pedernal y un

pedazo de acero, había impartido fáciles lecciones acerca de la construcción de una sólida casa de piedra, había dado instrucciones para construir redes y empalizadas con las que defender su campamento de las bestias...

Durante algo más de dos meses, los xocens habían vivido una existencia apasionante, de descubrimiento, en descubrimiento, jubilosos como niños y ansiosos por aprender las lecciones que Yill, magnánimo, les brindaba.

Incluso, ¡divina bondad!, Yill había aventurado la posibilidad de que los xocens llegasen a capturar vivo —ellos no comprendían muy bien la expresión capturar «viva» una pieza de caza— uno de aquellos corpulentos hurplees o mastodónticos caballos salvajes provistos de una corta trompa, con el fin de domesticar al animal y valerse de su singular potencia para arrastrar bloques pétreos o grandes cargas de leña.

Durante aquel tiempo, Sullavan alimentó a todos con las provisiones transportadas a bordo de la Neworld-009,

Pero ahora, la existencia fácil y jubilosa de los xocens había terminado. Las provisiones frigorizadas o conservadas, que tanto gustaban a aquellas criaturas, se habían extinguido.

Para Sullavan, la solución era fácil. Incluso la misma Xaika se la había dictado:

—¿Por qué te preocupas? Tu rayo de la muerte es todopoderoso. Con él, serías capaz de abatir las más grandes presas...

Pero Sullavan no quería emplear su rayo de la muerte, es decir, el fusil a rayos láser.

Consideraba que los xocens se volverían vagos y holgazanes si conseguían obtener el sustento con facilidad. Todo lo que Sullavan les había enseñado, volvería al olvido, a la Noche de los Tiempos, si los aborígenes consiguieran alimentarse fácilmente con las piezas que Sullavan cazase para ellos. Sería la, «vuelta atrás». Y Syd no pretendía tal cosa, sino todo lo contrario: conseguir que los xocens desarrollasen su inteligencia natural y sus recursos humanos.

—¿Qué haremos ahora, oh, magnánimo Yill? —volvió a preguntar Parab, que se sentaba ante Sullavan en la tienda de su hija y en presencia de ésta.

Desde que se entrevistase con Parab, al día siguiente a aquel en que amó a su hija, Syd conocía profundamente la psicología del pueblo de Xoc.

Admiraba rendidamente a aquellos hombres y mujeres que, abandonados en medio de unas fuerzas muy superiores a las suyas, eran capaces de sobrevivir a los cataclismos sísmicos, a las enfermedades infecciosas, a los fríos extremados de Shuh y a los temibles animales carniceros que pululaban sobre la superficie del

planeta.
Parab le había descrito los métodos de caza de los xocens.
En las lagunas de Achax, por ejemplo, vivían unos cerdos salvajes llamados wajs, que llegaban a pesar cinco toneladas. De un solo wajs podían alimentarse fácilmente los indígenas durante dos semanas.
—Pero… es imposible que los xocens den muerte a uno solo de esos monstruos —exclamó Sullavan, pasmado de asombro.
—No lo creas, oh, gran Yill. Los grandes cazadores tienen su sistema. ¿Querrás oírlo de labios de este anciano Parab? Escucha…
El sistema era rudimentario y… terrible.
Para cazar a los wajs, que alzaban tempestades de lodo en la ciénaga, los xocens construían una rampa que iba desde la orilla hasta una profunda hoya del tamaño de la bestia y de unos diez metros de profundidad.
Cuando el waj caía en la hondonada, su tremenda mole de más de cinco mil kilos, le impedía revolverse o escapar de la trampa. Pero…
—Esas bestias se alimentan de gusanos y lombrices que a veces llegan a alcanzar la mitad del peso de un hombre. Para hacerlos salir de la ciénaga, es preciso que uno de los nuestros se desnude, deje pintar su cuerpo con el color y dibujo de los gusanos y se preste a hacer de cebo a la orilla del pantano…
El «señuelo» se tendía en la tierra húmeda, al pie de la rampa que conducía a la hoya, y contorsionaba su cuerpo violentamente, tratando de imitar los movimientos de uno de aquellos repugnantes vermes que servían de alimento a las bestias.
—Cuando el wajs ve a su presa, sale del agua y corre hacia ella, levantando surtidores de barro a sus costados. El hombre que ha sido pintado como cebó debe correr entonces con todas sus fuerzas hacia la hoya y allí…
—¿Qué? —había preguntado Sullavan.
—Normalmente, el hombre que hace de cebo, muere aplastado bajo las patas de la bestia o… es devorado por ésta. Si el wajs penetra en la hoya, sus semejantes tendrán asegurado el alimento durante muchos días —terminó de explicar el anciano Parab, con un trémolo de angustia en la voz.
—Pero… ¡eso es horrible! Debe existir un método más seguro de caza —se espantó Sullavan.
—No es posible. Nuestras armas son inofensivas a la hora de luchar contra las colosales bestias. Nuestras lanzas con punta de sílex, apenas son capaces de traspasar su tupida piel.
Sullavan se estremecía de pavor. Y pensaba, pensaba sin cesar.
—El hombre posee un arma poderosa contra las bestias —aseguró el hombre de la tierra—. Una fuerza trascendental.
—¿Y cuál es esa fuerza? —preguntó Xaika.

—La inteligencia —respondió Sullavan—. La inteligencia es muy superior a la fuerza bruta de vuestras bestias. ¿Por qué en lugar de condenar un hombre a morir de forma inexorable, no utilizáis como cebo un gusano auténtico?
Parab se sintió lleno de estupor.
—Ya sabes que jamás cazamos animales vivos —dijo.
—Pero esos gusanos están en la ciénaga y siempre serán menos peligrosos que un wajs, ¿no es cierto?
—Sí. Pero ninguno de nosotros tendrá valor suficiente para adentrarse en los pantanos —respondió Xaika.
Sullavan se incorporó, colérico.
—Entonces, lo haré yo. Avisad a los hombres. Mañana emprenderemos nuestra partida de caza —aseguró Sullavan.
Aquella noche meditó largas horas sobre los acontecimientos que deberían tener lugar al día siguiente.
¿Para qué exponerse inútilmente, cuando podía abatir al animal más gigantesco con un solo disparo «primera potencia» de su fusil?
Sullavan miró de reojo a Xaika, tumbada junto a él. El vientre de la mujer comenzaba a abultarse.
¿Qué sería de aquellas pobres gentes cuando él muriese, si no los dejaba preparados para bastarse por sí solos?
En la quietud de la noche, apenas turbada por los resoplidos de las bestias en el próximo pantano, Sullavan decidió que era mejor no utilizar su fusil.
Acarició con una mano el rostro de Xaika, que dormía ya profundamente, y apretó entre los dedos de la otra la culata del fusil-láser.
Poco después, Syd Sullavan dormía profundamente.

CAPÍTULO XII

La hoya tenía ya unos doce metros de profundidad.
Desde el borde de la rampa, docenas de hombres hablaban de los carros cargados de tierra que eran vaciados al borde de la depresión, con el fin de aumentar todavía sus paredes verticales.
Más de trescientos hombres trabajaban en la construcción de la elemental trampa.
Más de dos semanas les había llevado aquella tarea. Claro que tenían que valerse de rudimentarias herramientas de madera y roca, a excepción de unos cuantos afortunados que poseían utensilios de metal, fabricados con los trozos que Sullavan les ofreciese.
El hombre de la Tierra vigilaba cada día los penosos trabajos de los indígenas de Xoc.

Hasta que vio que en el fondo del gran agujero empezaba a filtrarse agua.
—Basta —ordenó—. Es suficiente. Si seguís ahondando, el agua llenará la trampa.
Los xocens acogieron sus palabras con incredulidad, pero las acataron.
Fue entonces Qoth, siempre rodeado de sus hijos, robustos como cíclopes, quien sin elevar los ojos hasta Sullavan, insinuó:
—Ha llegado la hora de cazar uno de esos Wos (gusanos).
Era cierto. Sullavan había dispuesto la caza de este modo: él cazaría uno de los enormes gusanos y lo ataría a una resistente soga de crin animal. Los hombres apostados al otro extremo de la hoya, en lugar prominente y seguro, tirarían del cebo cuando el primer wajs emergiera de la ciénaga.
A pesar suyo, Syd se sintió dominado por el pánico.
Había contemplado durante muchas horas la sucia superficie del inmenso pantano, había contemplado al anochecer las siniestras formas cenicientas, oscuras, colosales, de las bestias chapoteando en el fango...
¿No era, en verdad, una locura atreverse a penetrar en la ciénaga?
Era cierto que, según sus propias observaciones, las bestias permanecían aletargadas durante la mayor parte de las horas diurnas, para comenzar a pulular en las sucias aguas hacia el anochecer.
Durante el día, el pantano permanecía en calma, al menos en la superficie. Sólo al atardecer comenzaban a agitarse las aguas y las siluetas monstruosas de las bestias eran fácilmente visibles a contraluz.
A partir de estas experiencias, Sullavan decidió que lo más prudente era conseguir su cebo durante las primeras horas del día.
—Mañana —respondió, mirando a Qoth, con curiosidad—. Mañana os conseguiré uno de esos Wos.
Y «mañana» había llegado ya. La niebla ascendía desde la superficie de la laguna. Dos horas más tarde, el sol brillaría en toda su pujanza y la visibilidad sería perfecta.
Al borde del pantano, en medio de la expectación de la tribu, estaban Sullavan y el jefe Parab. Más allá se encontraba Xaika, preocupada y silenciosa.
Fue entonces cuando Parab se aproximó más aún a él y murmuró:
—Los gusanos se alimentan de materia pútrida. Allá..., hacia el borde del bosque de helechos, he visto otros años verdaderas colonias de Wos, royendo las raíces.
Sullavan asintió.
Y comprendió que Parab le había ayudado todo lo posible.
Hizo un ademán a Xaika y subió al «Hoovercraft», que elevó inmediatamente una nube de polvo que veló el sol durante unos

segundos.
Luego, el vehículo penetró en el agua y se alejó.
El «Hoovercraft» bordeó la orilla y aplastó las ramas verdes de los helechos, abriéndose paso entre la vegetación lujuriosa.
Syd dirigía el vehículo anfibio con la mano derecha, mientras aferraba en la izquierda el fusil-láser.
Sin proponérselo, sus mandíbulas estaban firmemente apretadas y sus dientes rechinaban.
«Si ahora sufriese un ataque cardíaco... —pensó, aterrado—. Moriría irremisiblemente.»
Sin embargo, su pulso era tranquilo y conservaba todos sus sentidos alerta, en perfecta disposición para la acción.
Como mantenía abierta la escotilla a babor, pudo percibir el hedor insoportable que flotaba en el aire.
—Un cadáver —murmuró para sí—. Pero ¿de qué, dónde...?
Viró a la izquierda, entre el follaje, y el mal olor se hizo más penetrante y nauseabundo.
Y entonces lo vio.
Sobre un claro podía contemplarse una gran masa de carne putrefacta. El cadáver debía corresponder a un animal gigantesco, cubierto de escamas coriáceas como escudos guerreros, en cuyo vientre, abierto..., pululaban docenas de gruesos gusanos de un metro de longitud.
Un escalofrío de repugnancia agitó a Sullavan de pies a cabeza... ¡allí estaban los animales que servirían de cebo!
Pero ¿cómo adentrarse en aquella guarida de horribles criaturas vermiformes, que se movían sin cesar, cómo aguantar el tremendo hedor?
Contuvo el aliento, hizo avanzar el «Hoovercraft» centímetro a centímetro y lanzó la red toscamente trenzada por las manos de las mujeres de Xoc.
La malla cayó sobre la masa de gusanos, sin conseguir apresar ninguno.
Venciendo; su repugnancia, Sullavan la recogió y tornó a lanzar. Los contrapesos —gruesas piedras de pedernal— surtieron su efecto y la red apresó a dos de aquellos horribles vermes.
Tiró de los cabos y la red se cerró, arrastrando consigo a las dos criaturas sobre la superficie de las aguas hasta golpear contra los faldones de caucho del «Hoovercraft».
—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Sullavan, tragando saliva— ¡Lo conseguí!
A alguna distancia se movía algo. Algo extraordinariamente pesado y potente, a juzgar por la facilidad con que los altos helechos y otras arborescencias simples eran tronchadas entre el follaje.
Sullavan apenas tuvo tiempo de entrever aquella masa colosal, de

color grisáceo, entré la vegetación, por que maniobrando el «Hoovercraft», aceleró los generadores y se alejó de allí a toda velocidad, surcando la ciénaga.
Poco después, el vehículo alcanzaba la playa. Retorciéndose entre las mallas de la red, estaba la masa gelatinosa de los Wos, de color marrón claro.
—Ahí tenéis vuestro cebo —gritó Sullavan a Qoth y otros hombres, que se habían aproximado a distancia respetable de la orilla.
Descendió del vehículo sin mirar la red, y dijo:
—Al anochecer comenzará la caza.

* * *

El sol se ocultó lentamente tras la línea del horizonte y sus últimos rayos sangrientos tiñeron las aguas de la ciénaga.
Antes de que la luz huyera por completo, las aguas del pantano comenzaron a animarse. Primero se oyó el rumor de las aguas y luego el ruido fue en aumento, hasta convertirse en un estrépito de gruñidos, zambullidas y un estruendoso bullir de colosales criaturas entre el cieno.
Los cazadores de Xoc estaban preparados ya, ocultos tras un promontorio elevado al efecto, en el extremo más alejado de la hoya que serviría de trampa.
En sus manos, sostenían el extremo de la resistente soga de crin. Al otro lado de la cuerda, atado y oculto en un agujero tapado con ramas, se encontraba el Wo, el cebo!
Todas las mujeres y niños habían sido alejados prudentemente de la orilla. Todas menos una: Xaika. Sullavan se había visto impotente para convencerla del peligro que corría en las inmediaciones del pantano.
—Quiero verlo todo con mis propios ojos —era su única razón.
También Parab asistía a la caza. Así pues, se había construido, a cincuenta metros de la hoya, una especie de trinchera en la que se guarecían Xaika, Parab y Sullavan, más un grupo de diez cazadores, ágiles y fuertes, encabezados por Xee, el primogénito de Qoth, quien no perdía de vista un momento a la hermosa Xaika.
El momento era de una tensión indescriptible. La luz huía ya y el chapoteo de las bestias en el pantano ponía hielo en los corazones de los hombres que se aprestaban a la caza.
Todos aguardaban conteniendo la respiración, a la espera de la señal que el jefe Parab haría desde la trinchera a los hombres del promontorio.
En el último momento, Sullavan introdujo una cápsula atómica en el brocal de carga de su fusil, dispuesto a disparar sólo en caso de extrema gravedad.

Al fin, un sonido ululante brotó de la garganta de Parab. Era la señal.
Los hombres del promontorio dieron un tirón de la soga y el Wo salió de su agujero y quedó en la playa, retorciéndose.
Sullavan estranguló una exclamación en su garganta. ¡El enorme gusano fosforecía en la penumbra como una auténtica luciérnaga!
Un segundo más tarde, una mole colosal, emergía de la ciénaga y chapoteaba pesadamente hacia la orilla.
Sullavan notó que su sangre se congelaba en las venas.
El wajs avanzaba machacando sordamente la tierra con sus enormes pezuñas.
Xaika, muy próxima a Sullavan, tembló como un cervatillo cuando el gigantesco wajs ganó la orilla. Era impresionante ver desplazarse a aquella bestia de forma casi cilíndrica, dotada de cortas y gruesas patas, como troncos de pino californiano, de más de tres metros de altura y un espesor aún mayor.
Los hombres del promontorio tiraron de la soga y el gusano se arrastró, retorciéndose, sobre la arena.
El wajs galopó tras él, llameantes sus espesas crines al viento, y comenzó a descender la rampa que llevaba a la hoya.
Se oyó un rumor sordo, indescriptible, cuando aquella mole animal se derrumbó sobre la profunda zanja.
Sus gruñidos, roncos, y vibrantes, estremecieron el aire y sus embites hacían vibrar la tierra.
Xaika abandonó la trinchera de un salto, exhalando un grito de triunfo.
Lo que siguió, sucedió en brevísimos instantes. Atraídos en la emocionante escena, ninguno de los cazadores reparó en que una segunda mole abandonaba la ciénaga.
Súbitamente, todos contemplaron al segundo wajs —quizá la pareja del que se debatía en la hoya—, que cabalgaba ya por la playa.
El animal se dirigía, sin duda a la hoya, pero al ver a Xaika en terreno descubierto, corrigió su dirección y galopó rectamente hacia la mujer.
Por un instante, todos quedaron petrificados por el horror. Luego, se oyó el ronco gemido de Xee, que brotó de un salto fuera de la trinchera y corrió desesperadamente en dirección contraria a la de Xaika, con el fin indudable de distraer a la bestia.
Sullavan pronunció una maldición y alzó el fusil. De su cañón brotó un finísimo chorro brillante como el oro.
Era un disparo «primera potencia», que alcanzó al segundo wajs en su enorme y cilíndrico morro.
Al súbito resplandor que envolvió al cerdo salvaje, su cuerpo se tornó transparente e incluso pudo contemplarse, más oscuro, el trazado de su gigantesco esqueleto.
Sin un gruñido, la bestia se desplomó pesadamente a escasos metros

de Xee, que había caído al suelo, yerto de horror.
Locamente, Xaika corrió hacia él y le abrazó, gimiendo. Junto a ellos, llegó Sullavan, que les contempló durante un instante y se volvió luego de espaldas.
De sus labios brotaron los gritos, dando órdenes a unos y a otros para que comenzasen a rematar a la bestia caída en la trampa.
Y cuando se hubo asegurado de que la cacería había terminado, Sullavan se alejó del lugar.

CAPÍTULO XIII

Al amanecer, Xaika apareció en la puerta de la casa.
La vivienda no era lo que puede decirse una casa, pero los hombres de Xoc la habían construido con sus propias manos, utilizando barro y gruesas piedras, lo que componía una construcción extraordinariamente sólida.
—¿Por qué has venido? —preguntó el hombre, a través de su aparato traductor de lenguas.
Xaika avanzó dos pasos. Tenía la mirada baja y parecía presa de una gran timidez.
—Estoy consagrada a Yill, el dios-Sol. Y te pertenezco —musitó.
Sullavan dejó escapar una risotada. Pero su rictus era amargo.
—Vamos, Xaika, tú sabes que no soy un dios, ni poseo poderes especiales. Sé que amas a Xee. Lo pude comprobar palpablemente anoche.
—Es cierto. Mi amor por Xee es superior al aborrecimiento que creí sentir hacia él —confesó ella.
—¿Y aun amándole, te empeñas en vivir junto a mí?
—Es mi deber. Además..., voy a tener un hijo tuyo.
Sullavan ocultó el rostro entre las manos.
—¡Fui un loco, un verdadero loco! —exclamó—. Abusé de tu debilidad, de tu admiración hacia mí.
—No —respondió Xaika, arrodillándose junto a él, según su costumbre —. Yo me sentí deslumbrada por ti.
—Pero amas a Xee...
—Sí.
—En tal caso, ¡ve con él! Es lo justo.
Pero la mujer no se movió de allí.
—Yillhad, mi padre, el venerable Parab, solicita humildemente hablar contigo respecto a nosotros —dijo.
—¿Hablar conmigo? ¿Y por qué humildemente? ¡El sabe muy bien que sólo soy un mortal, como vosotros!
—Sí. Pero él tiene algo que decirte —insistió Xaika.

—Está bien. Dile que venga. Le espero.
Salió la mujer y volvió minutos después, acompañando al venerable Parab, que sólo se atrevió a sentarse ante Sullavan cuando éste hubo insistido en ello reiteradas veces.
—Hablemos —propuso el hombre de la Tierra—. ¿De qué se trata, Parab?
—Disculpa mi atrevimiento, Yillhad, pero he reflexionado sobre vosotros, y he llegado a la conclusión de que conviene que Xaika siga viviendo junto a ti —dijo el anciano, con voz temblorosa.
—¡Es absurdo! Ella ama a Xee...
—Siempre temí que Xaika no pudiera borrar ese amor de su corazón. Pero no me pesa: Xee es un hombre honrado, fuerte y noble, a diferencia de Qoth, su padre. Algún día, Xee y Xaika volverán a unirse y entonces...
—¡Estáis todos locos! —exclamó Sullavan, irreverente, poniéndose nerviosamente en pie—. ¿Qué ocurrirá con el hijo que Xaika traerá al mundo?
Parab le miró severamente. Parecía como si calculase fríamente, una a una, las palabras que se disponía a pronunciar.
—Para todos, ese niño será hijo de un dios, el enviado de Yill a Xoc. Cuando crezca, tu hijo será el jefe de todos los xocens. Todos le acatarán y respetarán. Y de esta forma, habrán terminado para siempre las supersticiones y los salvajes sacrificios a Guri. He reflexionado prudentemente en todo ello, Yillhad, porque sé que tú nos dejarás algún día.
Sullavan tuvo que considerar en su fuero interno la sensatez de aquellas palabras.
Por primera vez desde que se entrevistara con los xocens, aquella cuestión se planteaba ante sí abiertamente: su porvenir.
¿Seguiría Sullavan en Xoc hasta el fin de sus días o... intentaría volver a la Tierra?
Ahora sabía que no amaba a Xaika, si bien sentía hacia ella una tierna amistad y una admiración sin límites. Lo sabía porque el descubrimiento del amor de ella hacia Xee no le había producido ningún dolor. Sólo, apenas, una leve herida en su amor propio varonil, que pronto cicatrizaría.
Parab y Xaika le miraban fijamente. Aguardaban, expectantes, su decisión.
—Creo que tienes razón, Parab. Si lo queréis, Xaika seguirá viviendo conmigo hasta que nazca el niño. Con una condición: no volveré a mancharla, no ejerceré los derechos de un esposo sobre ella —declaró.
Xaika bajó los ojos. Parab le miró con ojos brillantes, húmedos.
—Eres noble, Yillhad. Sea, pues, como tú has decidido —respondió.
Súbitamente, Sullavan advirtió que se producía un gran cambio en su

interior: a la preocupación sucedió la serenidad, a la depresión el entusiasmo desbordado.
Puso las manos sobre padre e hija y sonrió.
—Ahora, no perdamos el tiempo. Tengo aún muchas cosas que enseñaros.

* * *

El poblado, al borde del pantano, presentaba ya un aspecto muy diferente al de unos meses atrás.
El conjunto de rústicas construcciones de piedra y barro aparecía protegido por una ancha zanja en cuyo margen interior se alzaba una alta y sólida empalizada. El sistema defensivo se había demostrado muy efectivo contra la amenaza de las bestias del pantano.
En un enorme corral, situado al sur, los más robustos nombres de Xoc se esforzaban en domar a media docena de corpulentos hurplees o caballos salvajes.
—Dentro de poco, podréis uncir los hurplees a vuestros carros y evitaros la penosa tarea de arrastrar vuestras cargas —había anunciado Sullavan.
Pero aquello era sólo una pequeña parte de cuanto Sullavan había hecho por mejorar las condiciones de vida de los xocens.
Ya no prendían sus hogueras en el exterior. En cada casa había un lugar donde el fuego se conservaba durante largas horas, calentando el lar en las horas más crudas de la noche. No era gran cosa: una elemental chimenea, un rincón donde las mujeres de Xoc podían cocer libremente sus cereales o guisar la carne de sus presas.
Les había enseñado a fabricar agujas de los huesos y a coser rudimentariamente las pieles para construirse vestidos más prácticos y funcionales.
Los hombres de la tribu llegaban continuamente ante Sullavan —para ellos Yill, el dios-Sol— y le pedían consejo para resolver hasta sus más nimios problemas.
—Yill, mi hijo está enfermo...
—Temo molestarte, Yill, pero mis hurplees...
—Quisiera fabricar un granero, oh, Yill, pero no entiendo cómo...
Sullavan les enseñaba a extraer la sal gema del seno de las rocas para conservar sus carnes y pescados; a construir pozos para obtener agua potable; a extraer las grasas de sus presas de caza para obtener aceite con el que alumbrarse en las largas noches de tempestad; a perfeccionar sus armas; a construir toda suerte de utensilios domésticos...
Para los xocens, la venida de Yill sobre su planeta suponía la mayor bendición: Yill lo hacía todo fácil, Yill atendía hasta sus menores

necesidades.
Y, rara coincidencia, desde que Sullavan vivía entre ellos las furias de Guri no habían encontrado una sola ocasión para manifestarse.
Se cumplía el octavo mes de su estancia en Xoc, cuando Sullavan envió a Xaika con un ruego:
—Di a Parab que venga a verme. Necesito hablar con él.
Y cuando el anciano estuvo en su casa, dijo:
—Creo que mis días se han cumplido, noble Parab. Os he enseñado cuanto necesitabais para sobrevivir y ser felices. Ahora... ha llegado el momento en que debo partir.
El rostro del viejo se nubló.
—Sea, puesto que así lo has decidido, magnánimo Yillhad. Tu memoria permanecerá perennemente entre nosotros. Nuestras bendiciones te acompañarán —respondió el sabio con un trémolo en la voz.
—¿Cuándo...? —preguntó Xaika, estranguladas sus palabras por la emoción.
—Mañana, al amanecer.
—En tal caso —insistió Parab—, sólo te haré un último ruego: congrega a nuestros hermanos y dirígiles la palabra. Háblales con dulzura y energía. Convénceles de que los sacrificios sólo nos llevarán a la autodestrucción. Si fuese necesario, amenázales con tu venganza... ¡No, no hables ahora, Yillhad! Para nosotros siempre serás Yill, el dios-Sol, el Magnífico, el Bondadoso, el Todopoderoso. Y tu hijo será tu sucesor.
¡Su hijo!
Xaika daría a luz pocos días después. Pero el ex coronel Sullavan no se sentía con fuerzas para esperar el alumbramiento. ¿Tendría fuerzas, después de ver a su hijo vivo, para renunciar a Xaika?
Cuando él hubiese abandonado Xoc, y durante siglos y siglos, los xocens mantendrían en su memoria la venida del dios-Sol, su benéfica enseñanza, su bondadosa estancia entre ellos.
¿No era suficiente?
Tragó saliva, miró por última vez a Xaika y asintió:
—Hablaré a vuestros hermanos al amanecer.

* * *

Todavía flotaba en el aire el eco de las palabras vibrantes de Syd Sullavan, Yill, el Magnánimo, cuando el hombre de rutilante traje dorado ascendió a bordo del «Hoovercraft», varado en la orilla.
Amanecía.
Los rayos generosos del astro diurno comenzaban a calentar la superficie de Xoc. Lenguas de niebla ascendían desde la tranquila

superficie del pantano.
Sullavan se volvió hacia el pueblo xocen congregado en la playa y alzó la mano en señal de saludo. Tímidamente, primero, y entusiásticamente luego, la tribu de Xoc imitó su gesto en el mayor silencio.
Luego, recogido el aliento, todos asistieron a la despedida de Yill, cuya esplendente nave se perdió entre los jirones de nieblas que difuminaban el horizonte.
El fuerte brazo de Xee oprimió el hombro suave de Xaika. Y ella, volviéndose, sonrió.

* * *

Cinco días trabajó Syd Sullavan para reparar las destrozadas planchas de la fabulosa Neworld-009.
Cinco días de pánico, zambulléndose en las aguas cuando salía el sol y guareciéndose en la astronave cuando llegaban las tinieblas.
Ciento veinte horas de tensión bajo las aguas, aguardando de un momento a otro ser aplastado por alguna de aquellas bestias que habitaban el pantano.
—Es increíble —murmuraba a veces—. Mi corazón aguanta como si jamás hubiera sufrido la menor lesión.
Pero al fin, la enorme grieta quedó soldada y el «Hoovercraft» pudo penetrar en la Neworld-009 a través de su compuerta, inferior.
En el interior de la astronave, Sullavan se sintió espantosamente solo. Y por primera vez desde que se entregase a la desesperación en la Base Heedy, volvió a recordar a Katie Moore, la mujer que le había traicionado para unirse a su mejor amigo, Hugh Carter.
Por un momento, Syd notó como si un soplo de aire primaveral acariciase su corazón. Pero luego su expresión se endureció y, sobre cualquier cosa, mandó su cerebro.
Quería volver a la Tierra, puesto que era un hombre nuevo. Era consciente de que su corazón estaba enfermo y de que su existencia tendría serias limitaciones a partir de aquel momento.
—Si llego a la Tierra, no mencionaré el planeta Xoc. ¿Para qué...? Ellos son felices allí, a su manera —decidió.
Deseoso de no distraer su atención, Sullavan se concentró en su tarea. Había mucho que hacer: achicar el agua que había anegado el departamento de grupos electrógenos, cambiar algunos elementos oxidados, realizar conexiones, comprobar centenares de circuitos eléctricos...
Aquella labor era lo menos importante. Cuando se encontrase en el espacio, ¿conseguiría hallar el rumbo preciso hacia la Tierra?
Diez días después, los generadores atómicos respondieron a la orden

que Sullavan enviaba desde la unidad de grupos electrógenos... ¡había conseguido la reacción nuclear!
Con una emoción intensa, Syd se situó tras el puesto del piloto y manejó los controles para el despegue.
La nave sufrió, una inmensa vibración y luego... nada sin un solo temblor, la Neworld-009 patinó sobre la ciénaga y se elevó en el aire, dejando atrás un mundo salvaje y remoto.
Fuera de la zona gravitatoria, el coronel Sullavan estudió las estrellas y estableció un rumbo aproxímalo... ¡Dirección: Vía Láctea!
Tenía ante él un larguísimo viaje, de duración casi incalculable. ¿Era, en verdad, consciente de la deriva que había sufrido durante los largos días entregado a la locura del alcohol?
"En la bodega no quedaban alimentos. Apenas unas docenas de botellas de leche y las raciones de emergencia: es decir, lotes de comprimidos vitamínico-proteínicos.
Sobrevivir sería difícil, si no imposible, pero Sullavan estaba dispuesto a afrontar la situación animosamente.
La Neworld-009 navegaba perfectamente. ¿Por qué pensar que su situación era peor que cuándo abandonó a Base Heedy, muchos meses atrás?
Al decimotercer día de navegación, la radio y la televisión comenzaron a funcionar inesperadamente. Y Sullavan, ebrio de esperanza, fijó los diales.
Inmediatamente comenzó a enviar sus mensajes.
—¡Coronel Syd Sullavan, a bordo de la Neworld-009! Me oyen en Houston? —repitió, fuera de sí.
Al cabo, una voz gangosa y familiar se dejó oír en la cabina.
—¡Neworld-009, Neworld-009! ¿Me recibe? Hemos recibido su mensaje...

* * *

La zona de aparcamiento en espiral albergaba al menos doscientos mil vehículos. Resonaban en el aire los altavoces estridentes esparciendo órdenes e indicaciones a los centenares de miles de personas que se habían congregado por las cercanías de la base espacial con la remota esperanza de ver, siquiera un instante, al coronel Sullavan.
Sin embargo, fueron muy escasas las personas que tuvieron tal honor, puesto que Sullavan fue trasladado desde la Neworld-009 en un automóvil cerrado y blindado a los edificios privados de la base en cuanto la astronave hubo tomado tierra.
Dos personas estuvieron esperando en las terrazas hasta que los últimos curiosos abandonaron los alrededores de la base. Eran Hugh Carter y Katie Moore, que finalmente abandonaron el lugar con un

gesto de decepción en sus rostros.

* * *

—Sencillamente, no puedo creerlo —dijo el doctor Heffner, jefe de la sección de cardiología—. Coronel Sullavan, le hemos sometido a exámenes exhaustivos, hemos comparado los pareceres de más de veinte cardiólogos. Todos coincidimos en lo mismo: su corazón está absolutamente sano, sin huellas de la más leve afección.

—Pero... ¡usted tiene ante sus ojos las radiografías realizadas por el doctor Warosky! —gritó, vehementemente Sullavan—. ¡Yo padecía una enfermedad coronaria grave y esas fotografías lo prueban!

Heffner respiró profundamente. Y tras dirigir una mirada a los doctores que rodeaban a. Sullavan, dijo:

—No sé cómo explicarlo, coronel. Es indudable que en la Base Heedy, usted padecía una afección cardíaca grave. Pero ¡también lo es que está totalmente sano... AHORA!

Sullavan abandonó el hospital a mediodía. Su mentí se debatía en la incertidumbre. ¿Le había curado el oxígeno enriquecido del planeta Xoc? ¿Era, en verdad un milagro?

Fuera, brillaba el sol, cegador, de tal forma, que Syd tuvo que calarse las gafas oscuras.

Al principio no reconoció a las dos personas que estaban aguardándole. Pero vio luego las figuras de Katie Moore y Hugh Carter.

Sullavan se detuvo, ostensiblemente rígido. De soslayo, advirtió que Katie estaba más hermosa que nunca.

—Supongo que habéis venido a que os desee una larga vida, plena de felicidades —murmuró con voz ronca.

Katie, que estaba admirando, anhelante, la varonil silueta del coronel, corrió hacia él y le tomó impulsivamente las manos.

—¡Syd! ¡Al fin...!

Sullavan tragó saliva. ¿Por qué le mentían sus ojos, por qué creía ver un brillo enamorado en los de Katie?

—Bien —murmuró con un nudo insoportable en la garganta—. Os deseo toda la felicidad del mundo. Podéis creer que...

Pero Katie se colgó de su cuello y buscó sus labios ansiosamente. Y le besó, apasionada, loca, feliz.

Cuando acabó el largo beso interminable, Syd se libró de las gafas y murmuró:

—No lo comprendo... Según el "Houston Times", vosotros dos debíais estar casados desde hace unos... diez meses.

Hugh lanzó una carcajada. Y Katie le besó golosamente y rió igualmente, con toda su alma.

—¡Ya comprendo! —exclamó—. ¡Aquella terrible metedura de pata del redactor de sucesos del "Houston Times". Me hizo figurar como esposa de Hugh, cuando él, en realidad, acababa de contraer matrimonio con una linda muchachita llamada Cathy Mord. ¡Cariño, no sabes cuánto he sufrido por ti! Ahora...

Sullavan la miró, incrédulo. Y de repente se echó a reír a carcajadas. Más allá estaban Hugh y Cathy Carter, de soltera Mord, abrazados y felices.

También Sullavan estrechó entre sus brazos a Katie y sintió que ella se estremecía de pasión.

Aspirando el aroma de sus cabellos, Sullavan pensó por un instante en Xaika. Pero aventó aquel recuerdo de su memoria y gritó:

—¡Vamos, seguidme! Tomemos una copa, charlemos, riamos...! ¡Ahora, de verdad estamos de pie sobre esta Tierra nuestra!

FIN